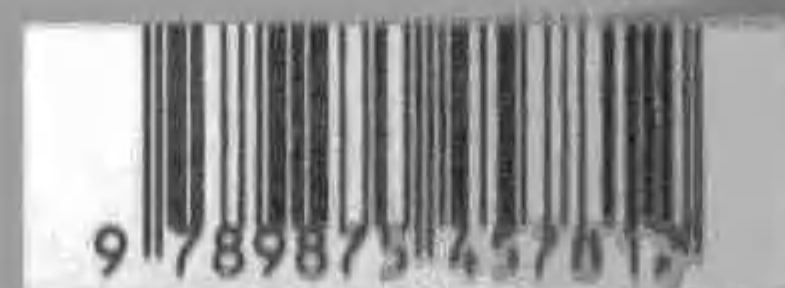


# Mientras no muera tu nombre

Liliana Cinetto

Marina escribe poesía. Así que cuando Milo, el chico del que está secretamente enamorada, la invita a un taller literario, no duda en participar. Pero cuando busca en la biblioteca un libro que él mencionó, encuentra entre las páginas una vieja foto en la que aparece su tía materna. Ni ella ni su hermana Belén saben cómo murió y, a pedido de las chicas, la mamá comienza a revivir junto con sus hijas ese doloroso recuerdo. ¿Podrán la poesía y el amor de su familia desentrañar el nudo trágico que ata el destino de Marina al de su tía Cecilia?

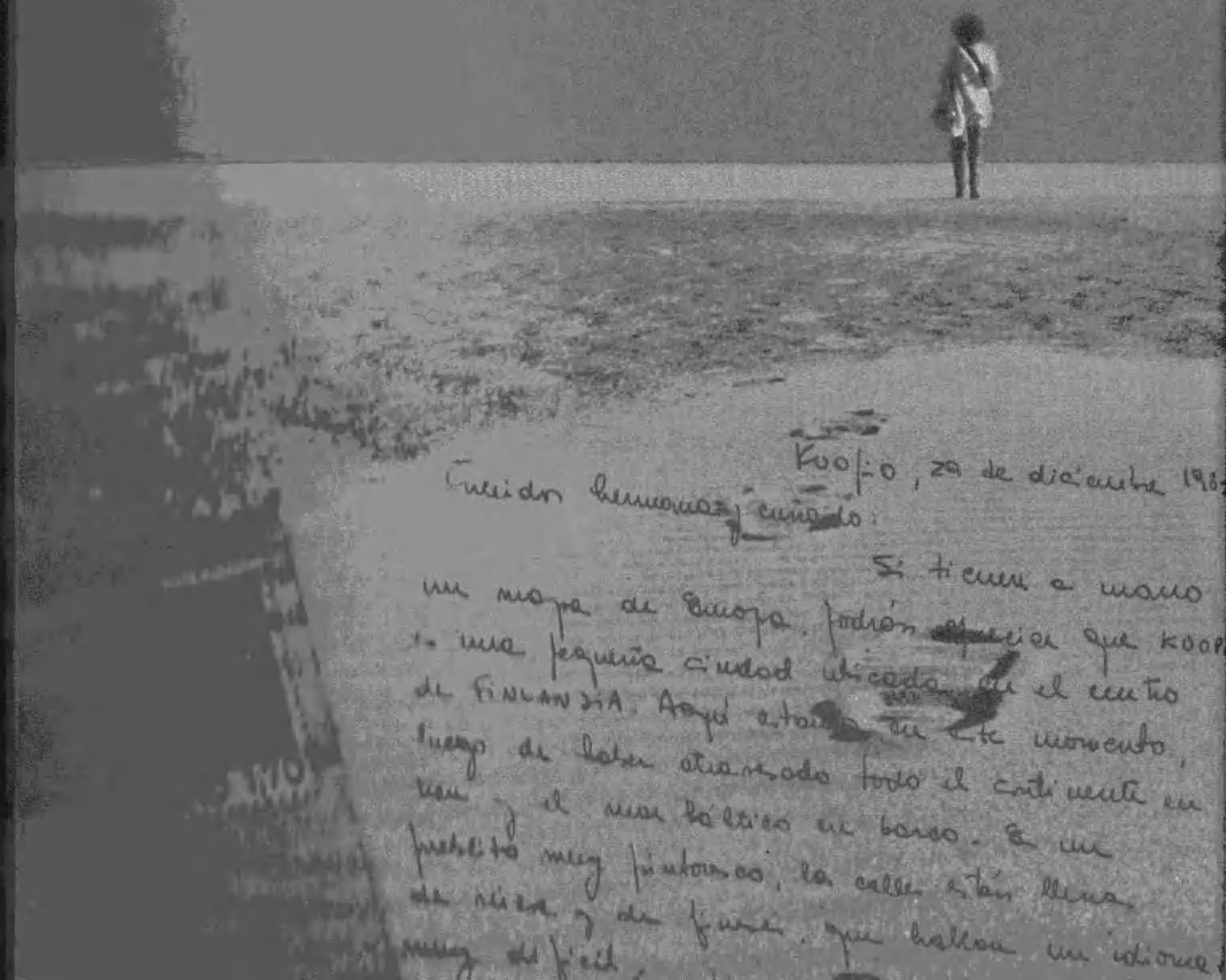
610W-1  
ISBN 978-950-457615-7



LILIANA CINETTO

# Mientras no muera tu nombre

Liliana Cinetto



Primera parte  
**Binomios fantásticos**

*Creo en ti, mi alma, el otro que soy no se rebajará ante ti,  
y tú no te rebajarás ante él.*

Walt Whitman

**Todo** comenzó con una fotografía. Un fragmento de vida que queda detenido en el tiempo, preservado del olvido y la mala memoria. La punta de un ovillo que se puede desenrollar para reconstruir una trama secreta. Eso. Una fotografía. Si no la hubiera encontrado, tal vez todo habría sido distinto. Pero cuando revisaba la biblioteca de su mamá para buscar el libro que Milo había mencionado, la foto se deslizó de entre las páginas y cayó a sus pies, como un pájaro herido. Nunca supo explicar por qué, pero al recogerla y mirarla, Marina sintió que no era una foto más, que tenía un significado y que quizás había estado esperándola, allí, desde hacía mucho, para contarle una historia. Una vieja historia que Marina debía conocer. Lo que Marina no sabía todavía era que en esa historia solo había un final posible. Y era la muerte. ♦

**Las reuniones** del taller de escritura eran los jueves, a las siete, en el centro cultural que quedaba a un par de cuadras de mi casa. Milo me convenció para que me inscribiera. No era el único de la escuela que asistía. También iban dos compañeros de mi curso, Carla y Fernando, y un chico de 5° "B", con el que nunca había intercambiado más que un "hola" al pasar. Ignoraba cómo se llamaba. Solo lo reconocía porque usaba unos anteojos redondos como los de John Lennon.

De todos modos, al principio, me resistí a ir al taller, a pesar de que me gustaba escribir y más que nada me gustaba Milo. Mucho me gustaba. Era una oportunidad de estar juntos, de compartir algo más que las horas del colegio, quizás incluso de llegar a... no sé, a algo. Es que hasta ese momento la relación entre nosotros era de compañeros y punto. Una relación "hasta ahí". Para Milo yo era alguien más del curso de 4° "A". Por eso me entusiasmé cuando él me propuso ir.

Sin embargo, la idea de que un grupo de "extraños" leyera mis poemas o los escuchara leídos por mí en voz alta y además los comentara y opinara sobre ellos me daba muchísima vergüenza. Más: me aterrorizaba. ¿Y si me decían que eran malos, bobos, mediocres...? ¿Y si se reían de mí? ¿Y si quedaba en ridículo frente a Milo? Nadie había leído antes mis textos. Bueno, en realidad sí los habían leído Lula, mi mejor amiga, y Belén, mi

hermana menor. Aunque ellas no contaban como críticas. No eran imparciales.

—A mí me encanta cómo escribís —decían siempre.

Milo insistió. No se rendía fácilmente. Era persistente cuando quería algo. Ya lo había demostrado varias veces en clase. Y por alguna razón, desde que le había comentado que escribía poemas, se empecinó en que me sumara al taller.

—Aprendés a superar ese miedo a la mirada ajena y te enseñan a tomar distancia frente a tu propia creación, a despegarte de la carga emocional que te impide corregirlo, algo fundamental para un artista.

Si había algo que me fascinaba de Milo era su manera de hablar, la autoridad con que exponía sus argumentos, ese cierto aire intelectual... No era el más lindo de la clase ni tenía un lomazo infernal, pero seducía a todos con la palabra. A mí me había encandilado desde el día en que llegó al colegio a mediados del año anterior, cuando acababa de regresar supuestamente de otro país (nunca aclaraba de cuál) donde había estado con sus padres por razones que tampoco explicaba.

La mayoría lo consideraba agradable, simpático, interesante, ingenioso, excepto Belén:

—Se hace el misterioso y el sabelotodo para llamar la atención.

Yo lo defendía.

—A mí me cae bien.

—Entonces te caen bien los creídos...

Tal vez por llevarle la contra a mi hermana y demostrarle que se equivocaba, tal vez por las ganas de pasar más tiempo con Milo, tal vez porque fantaseaba con salir con él, decidí inscribirme en el taller. ♦

*Yo no quisiera hablarte  
de las huellas de polvo en mi mirada,  
de las antiguas voces que resuenan  
en la intacta planicie del recuerdo...*

*Pero es imprescindible.*

*Nadie se reconoce frente a frente.*

*Y solo cuando el alma  
se inunda de horizontes  
uno encuentra el camino de regreso. ♦*

**Era una** fotografía antigua, en blanco y negro, un poco desgastada y con un pliegue en uno de los bordes. Una foto de dos nenas, chiquitas, tal vez de cinco y tres años, no más. La mayor tenía el pelo oscuro y corto, con algunos rulos rebeldes que una vincha blanca

intentaba sujetar en vano. A la pequeña, en cambio, la misma vincha blanca le enmarcaba la carita redonda y apenas dejaba asomar unos mechones rubios y lacios. Estaban sentadas al borde de una cama, con vestidos idénticos, de tela oscura, terciopelo probablemente, y puntillas en el canesú. Las dos sonreían. Pero en la más chica había algo, quizá cierta inquietud que se adivinaba en la posición de sus piernas y sus bracitos o el gesto pícaro con que miraba a la cámara, que a Marina le llamaban la atención porque le resultaban extrañamente familiares. ♦

**En total**, conmigo éramos diez en el taller de escritura. Además de Milo y mis otros compañeros de curso, Carla y Fernando, había tres amigas, Manuela, Celeste y Andrea; el de los anteojos redondos que dijo llamarse Facundo; Julio, un muchacho que estudiaba Letras, y Clara, una señora mayor muy simpática:

—Ya sé que soy un vejestorio, pero estas cosas me mantienen activa.

Mónica, la coordinadora, era profesora de Literatura jubilada y una verdadera entusiasta de las letras.

Llegué tarde al primer encuentro. Estaba segura de que Milo se había ofrecido a pasar por casa a buscarme para entrar conmigo y “ayudarme a romper el hielo”. Nunca se presentó.

binomio fantástico -

—Uy, no, Marina... Habrás entendido mal —negó él.

A pesar de ese contratiempo enseguida me sentí a gusto con el grupo, y aunque era la única que iba por primera vez a un taller de escritura, la consigna que propuso Mónica me ayudó a distenderme.

—Este año trabajaremos, sobre todo, poesía. Hoy vamos a crear binomios fantásticos, una de las propuestas que hace Gianni Rodari en su *Gramática de la fantasía*. Les voy a dar una lista de parejas de palabras que suelen estar juntas y que, en algunos casos, son verdaderos clichés literarios —explicó mientras repartía unas hojas—. “Agua mineral”, “nave espacial”, “pelo lacio”, “niño travieso”, “puerta giratoria”, “ropa arrugada”, “secreto inconfesable”, “río torrentoso”, “piel blanca”, “amor incondicional”, “reloj automático”... ¿Qué pasa si separamos esas parejas y formamos otras nuevas que sean diferentes, insospechadas, insólitas...?

—“Puerta espacial”, por ejemplo —sugirió Milo.

—Bien. ¿Qué otro binomio?

—“Piel inconfesable” —me atreví a decir—. O “piel incondicional”.

—¡Genial, Marina! —me felicitó Mónica.

Busqué un gesto de aprobación en Milo, pero justo estaba escribiendo algo. Mónica continuó.

—Al formar estos binomios, dejamos de usar las palabras en su sentido literal, cotidiano, denotativo, y las empleamos de una manera connotativa, metafórica,

suggerente. Ese no decir es la esencia del lenguaje poético.

—Aunque ese uso del lenguaje no es exclusivo del género poético —afirmó Milo, que estaba compenetrado en el tema y que, igual que en el cole, siempre demostraba su superioridad intelectual.

—Por supuesto que no —respondió Mónica.

—De hecho, existe la prosa poética —agregó el de los anteojos redondos.

—Así es, Facundo. Ahora, les pido que escriban por lo menos diez binomios fantásticos, los más desopilantes o inesperados. Es para despuntar el vicio y relajar la muñeca. Jueguen con las palabras, déjense llevar, no piensen demasiado. Tienen unos quince minutos y después hacemos una puesta en común.

Escribí mis binomios. “Piel inconfesable”, “secreto arrugado”, “río travieso”...

Cada tanto, espiaba de reojo a Milo. Había imaginado que se sentaría a mi lado. Pero casi no me hablaba o bajaba la vista cuando yo lo hacía; me parecía que no le interesaban mis comentarios. En cambio intervino para dar su opinión en el momento en que Manuela, Celeste y Andrea leyeron sus producciones. Además elogió a Clara varias veces y se trenzó en una discusión con Facundo sobre algo que no alcancé a entender. Igual era lógico que actuara así. Se lo notaba concentrado y yo... Bueno, a mí me resultaba difícil dominar la ansiedad.

CONSIGNA: SEPARAR BINOMIOS Y CREAR OTROS NUEVOS

Al finalizar el encuentro, ya había oscurecido. Me demoré en salir porque Mónica me preguntó cómo me había sentido.

—Bien. Cómoda.

Y era “casi” cierto. Excepto por Milo.

En la puerta lo busqué. No había rastro de él.

—Tu amigo se fue. Me comentó que estaba apurado, que tenía que ir no sé adónde. ¿Querés que te acompañe? —dijo alguien detrás de mí.

Era Facundo. No lo conocía demasiado y además me sentía desconcertada y algo desilusionada: conmigo, por crearme falsas expectativas. Y un poco con Milo, por marcharse sin siquiera despedirse. En realidad, nunca se despedía de mí en el colegio, aunque yo había esperado que esta vez... Igual, lo que más me molestaba era que a ese chico no le hubiera pasado inadvertida la situación.

—No es mi amigo. Solo somos compañeros de curso. Y gracias, pero vivo cerca.

Caminé apurada y con rabia las pocas cuerdas desde el centro cultural. Cuando llegué a casa, encontré a mi hermana estudiando biología.

—Hubieras aceptado que ese Facundo te acompañara. A fin de cuentas, se portó mejor que Milo —afirmó Belén cuando le conté.

—A lo mejor me pareció a mí. Era yo la que me moría por que me prestara atención.

Belén tiene dos años menos que yo, pero un carácter inflexible y una lengua aguda.

—Te tiene en la mira —y señaló el esquema de las cadenas alimentarias que había en el libro abierto frente a ella—. Sos una presa para él.

—¿Qué estás diciendo?

—Tiene aspecto de depredador —Belén gruñó mientras fruncía el ceño, mostraba los dientes y ponía las manos como garras.

Me reí.

—No seas ridícula. ♦

*Espero tus sonidos  
con el alma despierta  
como una ola frágil  
que asciende hasta tus labios  
y  
se  
quiebra.*

*En la noche sedienta  
yo pronuncio tu nombre  
con palabras de arena.*

*Bajo el cielo impecable  
germino con semillas de tu tierra.*

*Yo soy la que te espera,  
la que cuenta los pasos de tu ausencia. ♦*

**Belén** tampoco había visto nunca la foto ni tenía la menor idea de quiénes eran las dos nenas.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó cuando Marina se la mostró.

—Entre las páginas de un libro, en la biblioteca.

Belén observó detenidamente los rostros durante unos minutos y señaló a la más chica.

—Esta se parece a mamá. ♦

**Milo** no fue al colegio el viernes. Cuando el preceptor preguntó si alguien sabía por qué había faltado, todos respondieron que no, que nadie tenía el número de su celular para mandarle un mensaje y que era un colgado porque no se conectaba ni siquiera por las redes sociales.

No pude evitar cierto fastidio por lo que había pasado el día anterior. Tal vez porque esa mañana me había levantado de un humor horrible e insoportable.

El que sí fue y se acercó a saludarme durante un recreo fue Facundo.

—¿Llegaste bien ayer a tu casa?

—Sí, te dije que vivo cerca. Gracias.

Fui seca, cortante, antipática incluso... Quería evitar a toda costa que se pusiera a conversar conmigo. Y, más que nada, que relacionara mi notorio malhumor con lo que podía tomarse como un desplante de Milo. En realidad, era exagerado y hasta paranoico creer que iba a darse cuenta. No me conocía. Y era yo la que sentía que Milo era el centro del universo. O de mi universo. El resto no le prestaba tanta atención. Pero Facundo había presenciado la escena a la salida del taller y quizás había notado mi cara de frustración en la calle al no encontrar a Milo.

Así que, para disimular, cambié rápido de tema y señalé el libro que él tenía en la mano.

—¿Qué estás leyendo?

—*La metamorfosis* de Kafka.

A pesar de que soy muy lectora, no conocía ni el título ni al autor. Por supuesto, no se lo dije.

—¡Ah! Sí —y me alejé, mientras me despedía apurada—. Nos vemos el jueves. ♦

**La mamá** de Marina y Belén, Gabriela, llegó más tarde de lo habitual. En el estudio de arquitectura que compartía todavía con su exmarido Antonio, el padre de las chicas, habían surgido contratiempos. Dejó su cartera y el portafolios sobre la mesa y se hundió en el sillón, agotada. Estaba haciendo zapping en la tele, cuando apareció Marina y le mostró la foto.

—¿Quiénes son, mamá?

Gabriela miró la vieja fotografía y pasó el dedo con suavidad por las caritas de las nenas. Después acarició los rulos de Marina, aunque a ella le pareció un gesto irreconocible, ajeno, antiguo incluso, como si en realidad su mamá estuviera acariciando a otra persona.

—Somos mi hermana y yo —murmuró con una voz que venía de lejos.

Cecilia. Así se llamaba la única tía a la que ni ella ni Belén habían conocido. La tía que había fallecido antes de que ellas nacieran. La tía de la que solo había un retrato en la biblioteca, una foto del día en que se había recibido de médica.

Por primera vez Marina sintió curiosidad. No sabía qué había ocurrido con Cecilia. Las preguntas se le atropellaban. Eligió una.

—Ma... ¿Qué pasó? Digo, con la tía...

La mamá de Marina suspiró y cerró los ojos.

—Murió... ya les dije... hace mucho... —sacudió entonces la cabeza como si quisiera espantar la tristeza que le traía el recuerdo—. ¿Dónde encontraste la foto?

Marina tardó en responder.

—Entre las páginas de un libro... *Hojas de hierba* de Walt Whitman...

Gabriela sonrió.

—Claro, era uno de sus poetas preferidos. Le gustaba tanto...

Marina volvió a mirar la foto y la abrumó la urgencia de averiguar más, de indagar, de comprender.

—Mamá, ¿por qué murió tu hermana?

A Gabriela se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Porque no pude salvarla. ♦

*Regresan a buscarme cada noche  
los dóciles fantasmas  
con su tristeza húmeda  
y el efímero rostro de lo que ya se ha ido.  
Regresan como siempre, silenciosos,  
a transitar poemas que no serán escritos  
y a través de sus ojos adivino  
un puente hacia la nada  
o hacia todas las cosas.*

*Me traen desde lejos  
su equipaje de nieblas.*

*Mendigan suavemente  
una palabra  
que pueda rescatarlos de la bruma.  
y llegan siempre solos  
vestidos de congoja.  
Escapan del olvido y del silencio  
con la única piel*

*que tienen las ausencias,  
Y comparten conmigo  
su abrazo de nostalgias.*

*Fundaría memorias  
para poder llamarlos  
con un nombre que borre su infortunio.*

*Fundaría palabras y veranos  
que les dieran abrigo.*

*Pero no puedo hacerlo.*

*Y por eso regresan cada noche  
a aquellas latitudes  
donde se deshabitan los mortales  
y asumen la distancia  
que arrebató sus sueños  
para multiplicar una y mil veces  
su hambre de quedarse.*

*Y sangran despedidas  
con adioses gastados  
que dejan a su paso  
una idéntica sombra  
que iguala sus inviernos. ♦*

**No tenía** ganas de ir al baile que organizaba cuarto año con el “supuesto” objetivo de recaudar fondos para el viaje de egresados. Nunca recaudábamos nada. Era solo un pretexto para ir al boliche. Pero esa noche mi desinterés se debía a Milo. Dos días antes había sido el primer encuentro en el taller y él no daba señales de vida. Parecía que se lo había tragado la tierra.

Lula no entendía por qué yo estaba molesta.

—No hizo nada malo. No te prestó demasiada atención, es cierto. Pero nunca le presta demasiada atención a nadie. Siempre está en la suya.

—Se empecinó en que me inscribiera, como si yo le interesara y después... ¡paf! Desaparecí de su horizonte. ¿Para qué me ilusionó?

Lula se pintaba las uñas con un esmalte color azul Francia. Horrible. Demasiado eléctrico.

—Bueno, tal vez te ilusionaste sola. O interpretaste mal las señales que te mandó. Tampoco es para tanto... Vas al baile hecha una diosa y lo ignorás toda la noche. Ponete el vestido negro que te queda supersexy y maquillate mucho. Estás más pálida que un vampiro. Que reviente al verte linda. Y así le seguís el juego.

No quería vestirme supersexy ni maquillarme mucho. Tampoco estaba segura de que Milo fuera al baile. Pero revolví el ropero buscando el vestido negro, mientras pensaba en la expresión que acababa de usar mi amiga. Seguirle el juego... ¿Por qué me hacía doler la panza?

Saqué toda la ropa y me di por vencida. Entonces grité:

—Belén, ¿usaste mi vestido negro?

Nadie respondió. Con un humor de perros, fui al cuarto de mi hermana que escuchaba música con los auriculares, tumbada en la cama. Se los saqué de un tirón. Demasiado fuerte.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —protestó Belén masajeándose las orejas—. ¿Qué te atacó?

—¿Usaste mi vestido negro?

—Sí, la semana pasada, para el cumple de quince de...

—¿Dónde está?

Belén se levantó de la cama y buscó en la pila de pantalones, remeras, camisas y prendas sucias que se amontonaban sobre la silla. El orden no es una de las virtudes de mi hermana. Debajo de todo apareció el vestido negro, arrugado y con una mancha de chocolate en el frente.

—Me olvidé de avisarte. Se me cayó helado y...

Me saqué. Mal. No sé de dónde salió esa furia. Creo que Belén se asustó. Nunca me había puesto así.

—¿Cuántas veces te dije que no uses mis cosas sin permiso? —le grité.

—Perdón, pero...

—Pero nada. Ahora no tengo qué ponerme para el baile.

—Si es solo un baile —se rio Belén para tratar de calmarme.

La miré con un odio exagerado y desconocido.

—Es más que un baile. ♦

—¿Qué habrá querido decir mamá con que no pudo salvar a su hermana? —preguntó Belén.

—No sé.

—Tal vez desapareció en la época de la dictadura.

—No. Calculé la edad que tenían y es imposible. Mamá era demasiado chiquita. Y aunque la hermana era mayor, seguía siendo una nena.

—Entonces un accidente, una enfermedad, un asesinato...

—¡Ay, Belén! No seas melodramática. Esto no es una telenovela ni una película.

—En la vida real también ocurren accidentes, enfermedades, asesinatos... Además, si nunca nos contó nada, por algo será. ¿No te dio ningún otro dato o alguna pista?

—No me animé a preguntarle nada más en ese momento. Se puso demasiado triste... ♦

**Después** de la rabieta con Belén, tuve ganas de llorar. No sabía si era por el vestido arruinado, por el baile al que no quería ir, por Milo... O porque odiaba discutir con mi hermana. Bueno, siempre habíamos

peleado cuando éramos chicas, la mayoría de las veces por tonterías. Nunca de ese modo, tan agresivo. Además, la separación de nuestros padres y la adolescencia nos habían acercado y nos habíamos vuelto más compañeras, más cómplices, aliadas incluso... Yo adoraba a Belén. Y la admiraba. Ella era linda, tenía carácter fuerte, seguridad, determinación... Y carisma. Se robaba las sonrisas de todos, algo que me daba un poco de celos. A mí me costaba hacer amigos. Siempre fui más tímida, más introvertida.

—¿Celos? ¿De tu hermana? —se sorprendió Lula cuando se lo confesé—. ¿Te viste al espejo? Sos una diosa, con esa cara divina y ese cuerpo perfecto. Ella es muy linda, sí. Y se mata en el gym. Pero vos... Además, sos una genia, superinteligente y talentosa. Escribís unas poesías que son lo más. Ojalá yo fuera así.

Los elogios de Lula no me convencían. Al lado de Belén me resultaba difícil no sentirme inferior, imperfecta, menos llamativa e interesante.

De todos modos, esa noche estaba muy enojada con ella. Demasiado. Por eso lo que dije no era verdad.

—No soporto que Belén toque mis cosas. Siempre las arruina. Es una pendeja imbankable y metida. Menos mal que no tenés hermanas.

—Tengo hermano. No sé qué es peor —comentó Lula alzando los hombros—. Encima está en la edad del pavo.

Mi amiga no estaba dispuesta a que la discusión con Belén arruinara la noche e intentó distraerme.

—Ya fue. Olvidate de tu hermana. Te ayudo a elegir qué ponerte.

Me tragué las lágrimas. No sirvió de nada, por supuesto. Como siempre dice mamá, transformé la tristeza en más enojo.

Lula revolvía la enorme pila de ropa y buscaba otras opciones de vestuario entre las que yo había descartado. Al final eligió un short de raso negro y una blusa demasiado escotada.

—Te queda genial —me elogió.

Me miré en el espejo. Y supe que esa no era yo. ♦

*Detrás de aquel espejo solitario,  
vestida de silencios  
una mujer repite mi tristeza  
con ademán incierto.*

*Acaricia las sombras  
y parece que llora  
cuando su imagen turbia  
tropieza en mi mirada  
o en el umbral tardío  
donde mueren los sueños.*

Transita las orillas de los miedos  
con una piel desesperada  
y sé que la conozco,  
que alguna vez he sido  
esa mujer remota.

Con una voz que se abre  
más allá del invierno,  
me grita su orfandad irreparable  
y su sollozo trae  
las cenizas que el viento no perdona  
y arrastra sin piedad hacia la nada.

La mujer del espejo  
no conoce otro idioma  
que el de la levedad o la inocencia.  
Atrapada en el vidrio  
se quita el maquillaje y multiplica  
el suplicio de errar hacia la ausencia.

La mujer del espejo  
me recuerda a mi madre y a mi abuela.  
Me recuerda a mí misma.

Y por eso quisiera  
desnudar su infortunio y rescatarla  
del horror obstinado.

La mujer del espejo se detiene  
como un pájaro inmóvil  
detrás de la tormenta.  
Y no intenta alcanzarme  
para que la proteja con un gesto  
del laberinto atroz  
que construye el olvido.

Ella sabe imitarme,  
pero quizás ignora  
que en realidad soy yo quien la repite  
pues no conozco el modo  
de huir de su reflejo. ♦

**No me** acordaba del nombre del autor. Pero sí del título del libro. Me había llamado la atención. Busqué en Google y lo encontré enseguida. *La metamorfosis* de Kafka. Fui a buscarlo a la biblioteca y lo encontré. Leí el primer párrafo.

— Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza veía un vientre abombado, parduzco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al

suelo. Sus muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su tamaño, le vibraban desamparadas ante los ojos.

“¿Qué me ha ocurrido?”, pensó.

Cerré el libro. No sé por qué sentí un escalofrío. ♦

**Cuando** estábamos por salir Belén apareció, ofendida.

—¿Vas a ir así? —me reprochó al verme.

Me acomodé la camisa escotada. Me sentía incómoda con esa ropa. Le contesté de mala manera.

—¿Qué tiene?

—Te queda como el...

La interrumpí. El insulto me salió del alma, de un lugar insospechado y oscuro...

—No te metas, infeliz. Estás muerta de envidia porque soy flaca y todo me queda bien.

Fue un golpe bajo. Belén no se lo esperaba y quedó por un instante herida. Se me revolvió el estómago al pronunciar esas palabras, quizá porque a pesar de la rabia me arrepentí de inmediato de haberlas dicho, aunque no era capaz de comprenderlo en ese momento.

Los gritos atrajeron a mamá, que trató de calmarnos.

—Eh, ¿qué pasa?

—Se brotó por un vestido —le explicó mi hermana.

—No es un vestido —aclaré—. Es MI vestido. Belén lo

usó sin mi permiso. Y no solo lo estiró. Lo manchó con chocolate. Ni siquiera tuvo la delicadeza de avisarme y no sé si va a quedar bien o lo arruinó y...

Mi hermana trató de sobreponerse y de atacarme.

—Está rabiosa porque hay un pibe que no le da bola y juega con ella como el gato con el ratón.

Mi furia creció. Sin duda para Belén yo era transparente. No podía ocultarle nada.

—No te metas.

—Es la verdad.

—Basta, por favor —ordenó mamá—. Éste no es el modo de arreglar los problemas. Belén, vas a tener que hacerte cargo del vestido de tu hermana... Y Marina...

Me fui antes de que terminara la frase. Dando un portazo. ♦

**Belén** fue la que insistió y la que hizo más preguntas. Es cierto que Marina también quería conocer la historia. Desde que había encontrado la foto dentro del libro, no dejaba de pensar en qué le habría ocurrido a su tía. Pero no quería entristecer a la mamá al remover recuerdos que claramente todavía eran dolorosos para ella. Sin embargo, Gabriela sonrió cuando le pidieron que les contara. Las dos se acurrucaron a su lado, en el sillón que daba al jardín. Atardecía y el aire era tibio y dorado, como si el otoño se resistiera a partir.

—Cecilia era hermosa y dulce. Y tenía tanta luz... Todos quedaban embelesados al verla. Imposible no quererla o admirarla. Y no solo por su belleza. Es que era especial, generosa, incapaz de lastimar a una hormiga. Aunque también era frágil. Demasiado frágil. Como los tulipanes que sembró en el jardín de su casa, allá en Bariloche, donde murió.

A Gabriela se le quebró la voz e hizo una pausa. Belén y Marina la abrazaron. Y ella siguió hablando, mientras las acariciaba.

—Yo la adoraba. La consideraba mi ídola, mi referente, no sé... Y mi amiga. Era la mejor alumna del colegio y fue, por supuesto, abanderada. Aprobó el examen de ingreso a la facultad con el promedio más alto. Una genia. Como yo era más chica, los profesores me comparaban con ella, al conocerme o escuchar el apellido. “¡Ah! ¿Ravello?”. “Sí, con ve corta, como la ciudad de Italia”, les aclaraba yo. “Ajá. Entonces es la hermana de Cecilia. Esperemos que sea tan estudiosa como ella”. Y no. Yo era más vaga para estudiar. O más rebelde. Y siempre me metía en líos. Cecilia me protegió tantas veces de las penitencias de papá... Yo siempre quise ser como ella. Desde chiquita. Es que no nos parecíamos en nada. Ni siquiera físicamente. Ceci era muy alta y delgada. Se peleaba con los rulos indomables de su pelo castaño oscuro y sus ojos eran perfectos, alargados, negros... Había heredado los rasgos paternos. Yo,

en cambio, salí a la otra rama de la familia. Más petisa, condenada a lechuga perpetua y con este pelo rubio y finito que se resiste a estar peinado. Lo único que me gustaba de mí era el color de mis ojos, verdes, igualitos a los de mi abuelo.

Belén se incorporó.

—Pero, mamá, sos una mujer hermosa.

—Además siempre nos dijiste que lo que importa es lo que no se ve de una persona, su interior.

—Claro, hijas. Solo que entonces no lo sabía. Y aunque quería a mi hermana con locura, me sentía inferior a ella. No sé. Como el patito feo del cuento que les contaba cuando eran chicas. ¿Se acuerdan? Y me decía: Cecilia sí que es un verdadero cisne. ♦

**Jugaba** con el hielo de mi bebida sin decidirme a tomarla. Lula me había convencido de que pidiera un trago potente, pero no estoy acostumbrada al alcohol y no quería descomponerme. Lo único que me faltaba era sumarme al patético grupo de chicas que vomitaba en el baño. Ya me sentía bastante depre. Por supuesto Milo no había dado señales de vida y hacía rato que tenía ganas de irme de ese sitio. Me molestaba la música que esa noche sonaba demasiado estridente, las luces me hacían doler la cabeza y no podía ocultar mi pésimo humor. La discusión con mi hermana me había dejado

un sabor amargo en la boca y sabía que iba a ligarme un buen reto, si no un castigo, por el portazo. Cada tanto, Lula aparecía como una exhalación entre la muchedumbre apelotonada que saltaba en la pista y trataba sin éxito de que fuera a bailar con ella.

El tiempo transcurría lento. Miré por décima vez la hora en el celu. Las cuatro. Me puse de pie y me acomodé el short, que me ajustaba demasiado. Busqué a Lula para avisarle que me iba a casa, aunque no logré distinguirla entre la masa de bailarines.

En ese momento alguien se acercó por atrás y me susurró algo al oído.

—¿Te aburrís?

Giré demasiado rápido por la sorpresa y el escote de la blusa se abrió y dejó a la vista las puntillas de mi corpiño. Fue Milo el que me avisó señalándolo con un gesto que no pude definir, pero que me avergonzó.

—Me gusta tu estilo de vestirte, aunque no imaginaba que esa fuera tu onda.

Mentí, mientras tironeaba de la tela.

—Es que no es mía.

Esperaba que Milo me halagara y afirmara que sí me quedaba bien, que estaba linda... No fue así.

—Se nota —respondió él.

No entendí su comentario, ni la sonrisa con la que lo dijo.

Lula surgió de pronto de la muchedumbre exaltada.

—¿Se encontraron al fin?

Fulminé a mi amiga con una mirada llena de reproches.

—No sabía que me buscabas —se burló él.

—No te buscaba —afirmé, incómoda con la situación y molesta con toda esa maldita noche—. Es más, me estaba yendo.

—¿Ya? ¿Y te vas a ir sola? —se preocupó Lula, que no tenía intenciones de dejar la fiesta.

Milo posó con suavidad la mano sobre mi hombro y me hizo estremecer.

—Yo la acompaño.

Hubiera querido negarme. Sin embargo, no me pude resistir mientras él me guiaba hacia la salida. ♦

*A solas*

*con tu nombre*

*la luz se vuelve canto y estandarte*

*y salgo a caminar por la penumbra,*

*por los desasosiegos*

*o por viejas fronteras*

*sin temor ni orfandad,*

*como aquel que regresa*

*del destierro.*

*Y emigran una a una las tristezas*

*y crecen primaveras*

allí donde el calor posa su aliento  
y brota una ternura  
como una madrugada  
que borra pesadillas  
y corre a nuestro encuentro  
para encender los fuegos.

A solas  
con tu nombre  
se llenan los rincones añorados  
de asombros y palabras  
y se cierra el abismo.  
Ya no existen pretextos  
y el perfume indeciso de la noche  
desteje las nostalgias.

A solas  
con tu nombre  
todo tiene el color de los prodigios,  
el miedo se resigna  
como un soldado herido  
y un puñado de soles  
desdibuja la muerte y el olvido.

A solas  
con tu nombre  
pronuncio maravillas

en una ceremonia  
sacrílega y perfecta.  
Se esfuman la zozobra y el naufragio  
y late en el crepúsculo el deseo  
como una flor en llamas. ♦

—¿Qué le pasó? Quiero decir: ¿cómo murió?

—Por un paro respiratorio.

—¿Cuántos años tenía?

—Una semana antes había cumplido 32.

—¡Uf! Rejuven. Y el paro... el paro respiratorio... ¿Por qué se...? ¿Estaba enferma?

—Era asmática. Había tenido crisis antes, aunque leves; nunca había estado en riesgo su vida. Siempre la habían tratado a tiempo. Pero esa vez no llegó ni al hospital.

—¿Papá la conoció?

—Muy poco. La vio un par de veces. Nosotros empezamos a salir después de que ella se fue con él.

—¿Con quién? ¿Estaba casada?

—Vivía en pareja desde hacía unos cinco años. Con otro médico.

—¿Cómo se llamaba?

—César.

—¿Y qué pasó con él después?

—No sé. Lo vimos cuando viajamos para el velatorio y el entierro y estuvimos con él. Después de la muerte

de Ceci vino a casa a dejarme unas pocas cosas de ella y desapareció. Perdí todo contacto.

—¿No tuvieron hijos?

—No. Cecilia perdió un bebé. En teoría, igual podía volver a quedar embarazada. Pero no sé. Imagino que no habrá querido.

—¿Vivían en Bariloche?

—Al principio no. Se conocieron en Buenos Aires. Y al poco tiempo, él se empecinó en que se fueran juntos a estudiar al Karolinska Hospital, en Solna, Suecia, para especializarse. No sé si realmente lo hicieron porque, de pronto, para las fiestas de fin de año me escribieron desde Finlandia.

—¿Por?

—Nunca supe. Piensen que en esa época no había internet ni Skype ni nada. Ni siquiera celulares. Las llamadas de larga distancia eran carísimas y las noticias llegaban con cuentagotas, por cartas que demoraban siglos en atravesar el mar. Así que casi no hablamos durante esa época. Fue duro. Yo la extrañaba horrores, aunque los que la pasaban peor eran mis padres. Imaginen: la hija perfecta, dócil, cariñosa... De pronto pateó el tablero. Se fue a convivir con él, algo que mis papás, tan tradicionales, tomaron a mal. Y además se fueron al otro lado del mundo, lejos de su familia, de sus amigos, de todo. Por eso hay muchos detalles de esa parte de su vida que desconozco. Además, él...

—César.

—Sí, él, era... ¿Cómo explicarles? Yo no le creía nada. Para mí era un mentiroso, un fabulador. Lamentablemente no lo veía con claridad en ese momento. Era más como algo que yo intuía. Me caía mal, aunque no tenía idea de por qué.

—¿Se quedaron en Finlandia al final?

—No. En febrero nos enteramos de que se habían trasladado a Madrid. Por el clima de Escandinavia, tan frío, tan hostil para ella. Y un año después, sin previo aviso, volvieron al país, aunque él decidió que iban a instalarse en Corrientes.

—¿Él decidió? —preguntó Belén.

—Sí. Era él quien decidía todo. Dónde vivir, a qué dedicarse...

—¿Y por qué en Corrientes?

—Su familia era de esa provincia. Una familia adinerada y poderosa.

—¿Y qué hicieron en Corrientes?

—Tenían un consultorio. Él era cardiólogo y Cecilia se dedicó a lo que siempre había querido: la pediatría. Aparentemente todo iba bien. Y de pronto, antes de que se cumpliera un año, volvieron a Buenos Aires dispuestos a abandonar la medicina.

—¿Qué?!

—Decían que estaban desilusionados de... No me acuerdo bien. Algo de que el sistema médico es

perverso, cruel, que solo sirve para hacer dinero y no se preocupa por la salud de las personas...

—¿Y por qué no trabajaban entonces en un hospital público o se iban a África a colaborar con alguna organización humanitaria?

—Creo que en el fondo no era lo que le importaba a él. Digo, la salud de la gente. Eso era una excusa. Yo no terminaba de entender su forma de vivir con tanta mudanza y tanto cambio. De todos modos, presentía que él intentaba separar a Cecilia de su mundo, de su familia, de su profesión... Por eso la llevaba lejos o la embarcaba en locuras... Como lo de la fotografía. Cuando abandonaron la medicina, él se empeñó en que se dedicaran a la fotografía. Gastaron una fortuna en equipos, cámaras, montaron un estudio... Y mi hermana, con esa sensibilidad tan particular que la caracterizaba y su capacidad infinita, sacaba verdaderas obras de arte. Incluso organizaron una exposición y vendieron varios originales de ella. De inmediato él se encaprichó también en dejar la fotografía.

—Definitivamente el tipo era un trastornado. Pero ¿por qué ella no se resistía?

—Creo que no podía. Cecilia no era rebelde. Nunca lo fue. Lo obedecía. Estaba sometida a sus antojos o enneguecida por él, aunque no se notaba. De algún modo parecía convencida de que él era genial y que las decisiones que tomaba eran perfectas. Sé que es difícil de

entender e incluso de creer. A mí me costaba comprender por qué mi hermana aceptaba esa vorágine a la que la empujaba.

—¿No te contaba nada? Dijiste que eran unidas.

—Hablábamos poco. Y siempre estaba él presente, como si la controlara. Pero ella estaba cambiada, además. Discutía mucho conmigo. Sobre todo cuando yo cuestionaba a su pareja.

—¿Qué pasó cuando dejaron la fotografía?

—Él consiguió trabajo para ambos en Bariloche. Como médicos de una empresa de emergencias. Pero apenas unos meses más tarde abandonaron de nuevo la medicina tradicional y se dedicaron a curar enfermos con macrobiótica.

—¿Y eso?

—Es una doctrina oriental. Tenían muchos pacientes y les iba bien, creo. Al menos eso decía Cecilia. Aunque en ese último tiempo fue cuando la noté triste, apagada, como si empezara a marchitarse. Mis padres fueron a visitarla un mes antes de que falleciera. Mamá me contó que, cuando regresaban de Bariloche, en la estación de tren, Ceci los abrazó tan fuerte... Como si estuviera despidiéndose de ellos, como si intuyera lo que iba a pasarle. Y aunque nunca lo hacía, esa semana me llamó por teléfono. Me dijo que me quería mucho y que lamentaba que hubiéramos estado distanciadas. A los quince días él nos avisó

que Cecilia estaba internada, grave. Pero era mentira. Ya había muerto. ♦

**Yo quería** tomar un taxi, pero Milo me propuso caminar:

—Es una noche linda y esta zona es tranquila.

No me negué, pero casi no pronuncié palabra durante el trayecto. Apenas contestaba con monosílabos al parloteo incésante de él. No entendía qué me pasaba. Él me gustaba tanto que se me erizaba la piel cuando me rozaba la mano sin querer o me miraba a los ojos. Además era la primera vez que estábamos a solas. Había soñado con ese momento y sin embargo... Había algo que no podía definir en Milo, algo que hacía que me sintiera fuera de lugar. Tal vez su ausencia durante esos días o lo que me había dicho sobre mi ropa.

—Estás demasiado pensativa.

—Me duele un poco la cabeza.

—Quería disculparme porque el otro día me fui del taller sin despedirme. Supongo que te habrá molestado, después de mi insistencia en que te inscribieras. Surgió un imprevisto, en casa...

Me sorprendió que supiera que me había fastidiado su actitud descortés y que se disculpara. Me alivió. Y el malhumor se esfumó al mismo tiempo que me nació una sonrisa.

—No te preocupes. No tenías ningún compromiso conmigo.

—Yo creo que sí. O al menos eso es lo que espero —agregó él en un tono demasiado sugerente.

Empecé a ponerme colorada y para disimular le pregunté:

—¿Y hoy? Si tenés tanto interés en mí, ¿por qué llegaste tarde?

Él sonrió de una manera extraña, pero irresistible.

—Entonces era cierto lo que decía Lula. Me buscabas.

—No... Pero lo del taller sí me molestó y esperaba una explicación.

—Bueno, ya te la di y me disculpé. ¿Amigos?

Habíamos llegado a la puerta de casa. Me reí y le tendí la mano en broma.

—Amigos.

Entonces Milo me atrajo hacia él y yo creí que iba a derretirme cuando, después de jugar sensualmente con sus labios en mi cuello, en mi frente, en mis mejillas, encontró mi boca sedienta y me besó. ♦

*Hoy llegaste a mi sangre  
para huir del invierno y del espanto  
con la sola certeza  
de dejar a la muerte a la deriva.  
Llegaste como un pájaro a mi fuente*

a beberme despacio  
para enmendar el daño  
de tanto desamparo,  
esa pena animal que nos recorre.

Sabías de memoria  
el nombre de mis miedos  
y escuchaste las sombras  
que el silencio entreteje  
con su aliento nocturno  
y en los pálidos pliegues de la luz ilusoria  
ceñiste mi deseo a tu cintura como un arma.  
Violaste la gramática  
para amarme sin verbos  
y abrigaste mi frío  
con tu abrazo de sol irremediable.

Ya sos mi propia piel y no otra ausencia.

Y le ponés un rostro a mis palabras

Hoy me traés tu sed  
para saciar mis ríos  
quizá como una forma ineludible  
de desnudarme el alma.

Y sembrás en mi pecho  
con infinitas manos  
un horizonte nuevo

de bocas enlazadas.

Detenés las voraces agujas  
del reloj

de los siglos  
para trazar las huellas de tu voz  
en la precaria almohada de mis sueños. ♦

## Segunda parte **Collage**

Quien nombra, llama. Y alguien acude, sin cita previa, sin explicaciones, al lugar donde su nombre, dicho o pensado, lo está llamando. Cuando eso ocurre, uno tiene el derecho de creer que nadie se va del todo, mientras no muera la palabra que, llamando, llameando, lo trae.

Eduardo Galeano

Cita importante para pensar  
el significado del nombre

Fue un domingo. Gabriela se había ido a la casa de una amiga y Belén, al cine. Marina había pasado la tarde renegando con una consigna del taller, abollando un papel tras otro. No lograba escribir nada que la conformara. Nunca le había pasado eso.

—Es el síndrome de la página en blanco —le había dicho Milo—. Un bloqueo que sufren con frecuencia los escritores antes de empezar un proceso de creación. Es como enfrentarse al abismo de la nada.

“Una descripción muy poética para decir que uno está trabado”, pensó Marina. Después de varias horas, empezó a dolerle la cabeza y fue a buscar una aspirina. No encontró ninguna en el baño. Sabía que su mamá siempre guardaba un blíster en su habitación. Abrió uno por uno los cajones de la mesa de luz y de la cómoda. Nada. Revisó el ropero atestado de cosas. Ropa interior, blusas,

pantalones, cosméticos, algunas pulseras, carteras, monederos... Fue entonces cuando la vio. En el último estante, detrás de una valija vieja. Una caja. ♦

**Estaba** nerviosa. Más que nerviosa. Era la primera vez que iba a leer en voz alta uno de mis poemas frente a mis compañeros del taller para que luego lo comentaran. Esa era, en general, la dinámica que planteaba Mónica.

—El taller es un espacio de trabajo para producir textos a partir de consignas o disparadores que yo les voy a ir dando. A veces serán consignas para escribir acá y a veces para hacerlo en casa. En ese caso, en la siguiente reunión, tendrán que traer copias para repartir entre sus compañeros. Las leeremos juntos y daremos nuestras opiniones, nuestras sugerencias, nuestros aportes al autor. No se olviden: esto es un taller de escritura. Mi objetivo es que aprendan el oficio del escritor que revisa sus textos, los corrige, los cambia, los mejora, los tacha...

Antes de salir para el taller, había intentado contactarme con Milo para ver si íbamos juntos. No respondió mi mensaje. Ni siquiera lo había leído. No me sorprendió porque ya me había dicho que casi nunca lo hacía. A pesar de lo apasionado y amoroso que se había mostrado los primeros días, con el asunto del celular no había caso.

Si le preguntaba por qué no atendía o no contestaba, me apretaba la barbilla como si me retara o se burlaba de mí. Podía hacerlo ofendido y serio, si yo me ponía cargosa, o con una sonrisa... ¿cómo definirla? Dulce.

—No seas pesada, tontita. No me va eso de hablar o chatear a cada rato o poner emoticones y jajajá. Los que necesitan eso son idiotas, inseguros, inmaduros emocionales...

Tenía razón. Siempre la tenía. Yo admiraba su superioridad, la manera tan segura de sobrellevar cada situación, de no depender de nada ni de nadie. Justamente era eso y su manera de hablar tan elocuente y adulta lo que me había atraído de él.

Milo era lo más y sin embargo yo deseaba igual un mensajito de amor, un "te amo" con corazones, algo... Y terminaba sintiendo que no estaba a su altura y era eso: una tonta...

Lula me decía que no me pusiera paranoica. Después de todo Milo estaba conmigo. Y eso era lo importante. Éramos... ¿Qué éramos? ¿Novios? ¿Amigovios? ¿Amigos con derechos?

—Nos estamos conociendo —había escuchado que les comentaba Milo una vez a unos compañeros del colegio para definir la relación que teníamos.

—¡Ay, Marina! Es lógico. No pasó ni un mes. ¿No? —lo defendía mi amiga—. ¿Qué querés? ¿Que vaya a almorzar los domingos a tu casa y te dé un anillo de

compromiso? Eso no va más. Las relaciones ahora son... abiertas, libres...

Estaba de acuerdo con Lula. No era eso lo que me molestaba, en realidad. No pretendía que Milo se enamorara de mí tan pronto. Pero era evidente que yo estaba más enganchada que él. O más pendiente. Y por más que trataba de disimularlo, se me notaba. Y eso me hacía sentir débil.

—Pero ¿te gusta o no? —me planteaba Lula.

Claro que me gustaba. Milo era encantador, cariñoso, apasionado... Lograba ser siempre el centro de atención y se mostraba simpático con todo el mundo. Sin embargo, por momentos, parecía estar a años luz de mí y eso se me hacía difícil.

Al final, esa tarde, cuando me resigné y admití que Milo estaba ilocalizable, fui sola al taller. Apretaba contra el pecho la carpeta en la que llevaba las copias de mi poema.

Cuando entré al centro cultural, ya estaban sentadas Manuela, Celeste y Andrea charlando con Carla y Clara. Fernando llegó enseguida. Detrás entraron Facundo y Julio. Se hizo la hora de empezar y Milo todavía no había aparecido.

—¿Alguien sabe si va a venir? —preguntó Mónica.

Todos me miraron. No era un secreto que pasaba algo entre nosotros.

—Ni idea —contesté, y tuve ganas de llorar. ♦

Busco sin encontrar tu voz de luna  
tanteando tu silencio entre la hierba  
como ciega de labios  
como un sueño  
derramado en la arena.

Camino por mi piel y escribo a solas  
como un amor de tiza que dibuja la lluvia  
como un mar que se queja.

Uno siempre repite  
sus mejores pecados.

Uno siempre regresa  
a la antigua manía de estar triste.

Soy un río cansado y me detengo  
entre nubes de ausencia. ♦

**Adentro** había varias cosas. Una pulsera. Un portadocumentos con una cédula de identidad antigua, ajada y vencida, y la credencial de la matrícula de médica. Una carta. Una flor marchita. Y más fotos. De las dos. De Gabriela y de su hermana. Algunas, en blanco y negro como la que Marina había encontrado entre las páginas del libro. Otras, en colores, con las nenas ya más

grandes. Se las veía sonrientes en la playa, en el campo, en la escuela con guardapolvo blanco, en una fiesta de cumpleaños, en una pileta de natación, con un vestido largo probablemente en un cumpleaños de quince... Marina las alineó sobre la cama en lo que, suponía, era el orden cronológico en que habían sido tomadas. En la última, Cecilia tendría ya unos treinta años. Aparecía sola, con el cabello muy corto, en una casita alpina, junto a un lago, señalando un cantero con tulipanes.

Marina se quedó un rato largo observando las imágenes, leyendo en ellas detalles, inventando conversaciones, adivinando... Fue como ir viendo crecer a su mamá y a su tía con recuerdos que no le pertenecían. En ese momento pensó en el portarretratos de la biblioteca, en el que se veía a Cecilia el día en que le habían entregado el diploma de médica. Fue a buscarlo y lo ubicó antes de la foto de los tulipanes.

"Tía", susurró.

Se acordó entonces de lo que había dicho su mamá: "No pude salvarla".

Fue entonces cuando abrió la carta. ♦

**Milo** se presentó en el taller veinticinco minutos más tarde y se disculpó por la tardanza.

Mónica nos había dado hojas en blanco, tijeras y pegamento y nos había dicho:

## TÉCNICA DE COLLAGE

### TRABAJO DE UN TEXTO

—Vamos a emplear la técnica del collage que propone el grupo Grafein en su libro, para armar un texto usando solo recortes de estos diarios y revistas.

Así que todos estábamos en el suelo, tijereteando titulares y frases que intentábamos acomodar con los dedos pegoteados. Milo se sentó a mi lado y me dio un beso exageradamente efusivo que me sorprendió y me hizo poner colorada.

—Menos mal que llegué a tiempo —afirmó.

—¿A tiempo? —repetí sin entender.

—No podía dejarte sola la primera vez que vas a leer tus poemas frente a todos.

Imposible enojarme con él. Una sonrisa tonta delataba lo que significaba para mí que me hubiera tenido en cuenta y me acompañara en esa situación que él me había descripto casi como una masacre.

"Te aseguro que se vive como una disección sin anestesia. Es que al leer tu texto, algo tan tuyo, tan íntimo, quedás expuesta, en carne viva, indefensa ante los buitres que pueden devorarte".

Por supuesto, yo no había tomado al pie de la letra semejante descripción apocalíptica, porque nada semejante había sucedido en reuniones anteriores cuando otros compañeros habían leído sus producciones. Sin embargo, Milo insistía en que era diferente la sensación cuando se analiza el texto propio. Y había logrado inquietarme y que tuviera cierto temor de pasarla

mal. Por eso, agradecí su presencia aunque hubiera llegado tarde.

—¿Pensaste que me había olvidado, tontita?

No me gustaba que me llamara así, “tontita”, por más que lo hiciera con una ternura que me desarmaba. Estuve a punto de decírselo cuando Mónica consultó la hora.

—Vayan terminando —nos pidió.

Yo movía mis recortes de arriba para abajo y los cambiaba de lugar como piezas de un rompecabezas imposible de armar.

—Creo que elegí demasiados —confesé nerviosa ante la mirada de Milo.

—Te ayudo —afirmó él y, sin esperar a que yo aceptara, cambió todo de lugar—. Así queda mejor.

Realmente el collage que había creado me encantaba, aunque era una creación de él y no mía.

**Congestión de los cielos**

 Como todos los años  
seguirá trabajando

# INQUIETUD POR EL DOLAR

Pero no se descuide.

**PORQUE AHORA USTED SABE**

La sombra de una hoja  
puede llegar muy lejos.

**un carguero  
de muertos**

**no olvida ni perdona**

**Mi hermana** y yo nos amigamos después del baile. No podíamos estar distanciadas o sin hablarnos demasiado tiempo. En realidad, fui yo la que me acerqué esa misma noche cuando regresé a casa. Milo me había dicho cosas tan hermosas después del beso que no había espacio en mi corazón para ningún rencor. Menos con Belén. Y estaba tan feliz que tenía que compartirlo con ella, una de las personas más importantes de mi vida.

—Belu, ¿estás despierta?

Sabía que sí, aunque no respondió. Estaba acurrucada en su cama, dándome la espalda. Jamás dormía así, mirando hacia la pared. Siempre se acomodaba para quedar de frente a la puerta del cuarto. Una manía que le había quedado de la infancia cuando la oscuridad le daba miedo y ella se empecinaba en controlar que no entrara un monstruo. Por eso insistí.

—¿Puedo hablarte?

Giró lentamente hacia mí. Apenas la distinguía en la penumbra, pero adivinaba su ceño fruncido. Me senté a su lado y me disculpé por el modo en que la había tratado y las cosas horribles que le había gritado. Enseguida ella me pidió perdón por lo del vestido. Nos abrazamos tan fuerte que aproveché para contarle lo de Milo. Esperé algún comentario crítico al sentir cierta tensión en sus manos, cierta rigidez en su espalda. No lo hizo. Al contrario. Me dijo:

—Me alegro por vos. ♦

Kuopio, 29 de diciembre.

Queridos hermana y cuñado:

Si tienen a mano un mapa de Europa, podrán apreciar que Kuopio es una pequeña ciudad ubicada en el centro de Finlandia. Aquí estamos en este momento, luego de haber atravesado todo el continente en tren y el Mar Báltico en barco. Es un pueblito muy pintoresco, las calles están llenas de nieve y de fineses, que hablan un idioma muy difícil.

Estamos muy bien. ¿Y ustedes? Aquí la gente es muy rara. Son muy blancos y rubios, pero tienen ojos rasgados como chinos, de color azul.

**(ES DECIR: SON LINDOS).**

Esa fue la opinión de César.

Hermanita: aquí estarías chocha. El nivel de diseño de los fineses es alucinante. Trabajan la madera de un modo asombroso. Los interiores son muy claros, con muebles de pino y grandes espacios verdes.

Novedad: me corté el pelo, bien cortito. Fue en la peluquería del barco que nos cruzó de Estocolmo a Helsinki. Digamos que no es una peluquería muy práctica. Tendré que buscar-me otra cuando quiera cortarme nuevamente.

Me despido por ahora.

Espero que empiecen muy bien el año nuevo. Happy new year!!!

Un beso enorme,

Cecilia

**CORRIJO: ES UNA PELUQUERÍA MUY PRÁCTICA.**

**QUEDA TREMENDAMENTE A TRASMANO NADA MÁS... CHAU!**

**Belén** regresó antes que Gabriela y Marina le mostró lo que había encontrado en la caja. Belén observó detenidamente cada foto antes de leer la carta. Cuando terminó, se quedó un rato en silencio, pensando. De pronto dijo:

—Tenemos que investigar qué le pasó a la tía.

—Ya sabemos lo que le pasó. Un paro respiratorio.

—No me refiero a eso. Hay cosas que no me cierran en esta historia. Estuve buscando en internet. Y leí que un ataque de asma grave puede provocar un paro respiratorio y ser mortal, sí. Y que en esos casos es recomendable trasladar al enfermo a una sala de urgencias. Pero mamá nos contó que Cecilia ni siquiera llegó al hospital. ¿Por qué? Ellos trabajaban para un servicio de emergencias. ¿Por qué no les mandaron una ambulancia?

—No sé. A lo mejor la mandaron, pero ya era tarde.

—Me suena raro. Demasiado raro. En la web enumeran los síntomas de un ataque de asma: dificultad severa para respirar, opresión o dolor en el pecho, tos o silbido al inspirar o espirar... Y Cecilia no era solo una paciente. Era médica. Seguramente era capaz de reconocer esos síntomas y saber que si no mejoraban enseguida con el uso del inhalador de acción rápida o de rescate, como decía en la página que leí, debía buscar ayuda de inmediato. Y él...

—César.

—Sí, él también es médico y no podía ignorarlo. Mirá.

Belén googleó en su celu y se lo dio a su hermana para que leyera. La última frase era categórica: "El especialista puede enseñar a reconocer un caso de asma que representa una emergencia médica para que el paciente sepa cuándo procurar ayuda".

—Si cualquier enfermo puede aprender a identificar esos signos, mucho más ellos.

Marina volvió a mirar las fotos empezando por la que había caído a sus pies desde las páginas del libro. Desde todas ellas, Cecilia parecía sonreírle. Sin embargo, dudó.

—Es que no sé... A lo mejor mamá no quiere... Tal vez le hace mal remover cosas del pasado.

Belén estaba decidida. Releyó la carta y le señaló a su hermana las frases escritas por César con otra lapicera y con esos trazos gruesos, agresivos, que invadían la armoniosa letra de Cecilia.

—Los dos debían saber que el ataque era grave y que ella necesitaba ayuda —afirmó Belén—. Estoy convencida de que no la pidieron o no la consiguieron. Y tenemos que averiguar por qué. ♦

**Estaba** atorada otra vez con la consigna del taller. Belén se preparaba para ir al gimnasio. Pensé que me haría bien salir y tomar un poco de aire para despejarme.

—Te acompaño —le dije cuando se puso el bolso al hombro.

El gimnasio quedaba solo a un par de cuadras, cruzando el parque. El día había amanecido plomizo y desde el mediodía unas nubes indecisas amenazaban con una lluvia que nos alcanzó a mitad de camino.

—Mejor me vuelvo a casa.

En ese momento vi a lo lejos a una pareja sentada en un banco que se levantaba para huir como yo de la lluvia. Él se quitó la campera azul con rayas blancas, igual a una que usaba Milo, y cubrió con ella a la chica.

—¿Ese no es tu noviecito? —preguntó mi hermana.

Se parecía. Mucho. La misma altura, el mismo color de pelo, la contextura idéntica... Estaban lejos y no alcancé a verle bien la cara. Pero descarté que fuera él. Era imposible. Por eso lo negué.

—Nada que ver, Belu. Y corré o vas a llegar empapada.

Llegué a casa sin aliento. Recordé la pareja en el parque y busqué el celular para llamar a Milo. Por supuesto, no contestó. ♦

Nada,

ni la piel del otoño

ni las huellas mezquinas del invierno

ni las secretas islas

abriéndose a la urgencia de la sangre.

ni el insensato asombro de los cuerpos

ni el derrumbe de estrellas

bajo los ventanales

ni el dolor que funda destrucciones

ni las alas del miedo,

ni el pecado que puede redimirnos

de toda soledad.

Nada.

Solo la voz ineludible

que me lleva a tus ojos. ♦

**Creí** que no iba a lograrlo. Me temblaban las manos, las piernas, la voz... Sin embargo, respiré profundo y lo hice. Cuando terminé de leer por primera vez uno de mis poemas frente a mis compañeros, levanté la vista del papel y esperé. Pasaron varios minutos. Todos repasaban el texto y subrayaban o anotaban algo en las copias que yo les había repartido. El único que solo jugueteaba con la hoja era Milo. Mónica me sonrió antes de dirigirse al grupo:

—Muy bien. Escucho sus comentarios.

Ya había presenciado en reuniones anteriores la manera en que se hacían los señalamientos. Siempre en un tono respetuoso, pero eran exhaustivos y se

apoyaban en argumentos sólidos. Nada de “me gusta” o “qué lindo” o “está bueno”.

El primero en opinar fue Fernando, mi compañero del colegio.

—Creo que hay imágenes muy potentes y muy logradas, Marina. Se nota que empleaste la técnica del binomio fantástico. Y el texto tiene un buen ritmo.

Me alegró que se diera cuenta del uso de la técnica que había aprendido con Mónica. Y me alivió que el que empezara a hablar lo hiciera con elogios. Después podían llover críticas menos halagadoras.

—Yo coincido con Fer aunque creo, Marina, que tendrías que podar el poema —agregó Julio, el chico que estudiaba Letras—. En literatura y sobre todo en poesía, más es menos. Lo noto excesivamente largo, por momentos redundante.

—Por ejemplo, estos versos finales —interrumpió Carla—. Para mí están de más. Suenan a... aclaración. No hacen falta.

—Y estos —dijo Celeste—. Se van de registro. Es como si los hubiera escrito otra persona. O como si fueran parte de otro poema y los hubieras adosado.

Las sugerencias continuaron. A pesar de que mi vanidad sufrió un par de golpes y que internamente me resistía a sacar partes o a corregir el poema, no me sentí “despedazada” ni “devorada por los buitres” ni nada por el estilo.

Milo no solo no decía una palabra. Mientras los otros hablaban, levantaba una ceja, se mordía el labio con fastidio, se reía, movía la cabeza a un lado y a otro, resoplaba... Y lo peor de todo: bufó. Sí, bufó en el momento en que Facundo dijo:

—Es cierto que necesita retoques, pero el yo poético es tan intenso... Creo que deberías ir a un *slam* de poesía a leerlo.

Los demás asintieron. Yo no tenía ni la menor idea de qué era un *slam* de poesía aunque no pensaba preguntar. No quería quedar como una ignorante delante de ellos. Y mucho menos delante de Milo, que era el único que había permanecido en silencio hasta ese momento. Fue entonces cuando Mónica se dirigió a él.

—Solo falta tu opinión.

Milo puso su mejor sonrisa, la más encantadora, y me dio un beso. Luego dobló su copia del poema por la mitad y la guardó en su carpeta mientras respondía:

—Prefiero no hablar. ♦

**Apenas** regresó del taller, Belén arrastró a Marina hasta su cuarto y la sentó frente a su computadora. Estaba eufórica.

—No sabés lo que encontré. Se me ocurrió de pronto la idea y pensé que iba a ser complicado. Pero enseguida apareció.

En el monitor, idéntica, con el lago detrás, se veía la casa alpina de la fotografía en la que su tía Cecilia señalaba el cantero con tulipanes.

Marina no pudo evitar emocionarse mientras la miraba.

—¿Cómo la...? ¿Le preguntaste a mamá la dirección?

—Sí, pero no se la acordaba. Sabía que no quedaba lejos del Centro Cívico de Bariloche. Nada más. Entonces entré en Google Maps y con el Street View fui rastrellando las zonas a orillas del Nahuel Huapi. No me ilusioné demasiado con encontrarla. Porque después de tanto tiempo podían haberla remodelado o demolido. Sin embargo, ahí está.

—Increíble.

—Y eso no es todo —se enorgulleció Belén—. Mirá.

Movió el cursor hacia la izquierda y le mostró a su hermana la casa de al lado, que estaba en venta según anunciaba el cartel en el frente. El nombre y el número de teléfono de la inmobiliaria se leían con claridad.

—Llamé —dijo Belén, triunfal—. Le hice el verso a la empleada que me atendió de que necesitaba contactarme urgentemente con los dueños de la casa. Por supuesto se negó, que eran datos confidenciales, que bla bla... Entonces, cambié de plan y le dejé los míos: celu, mails, perfil de redes sociales... Y le pedí que se los diera. Que les explicara que yo era una de las sobrinas de la doctora Cecilia Ravello y que era muy importante

para nuestra familia que se comunicaran con nosotros. ¿Qué tal?

Belén se mostraba entusiasmada y orgullosa. Y Marina debía reconocer que había sido inteligente la manera de obtener información. Pero no era optimista.

—No sabemos si eran vecinos de Cecilia en la época en que vivió allí. O si la conocían. O si pueden aportar datos de lo que pasó.

—Mamá mencionó a una pareja de amigos de Cecilia que vivían al lado. No recuerda mucho más. Tal vez tengamos suerte. Igual, con intentarlo no perdemos nada.

Marina volvió a mover el cursor para regresar a la casa de la fotografía. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando dijo:

—¿Viste? En el cantero no queda ningún tulipán. ♦

**Milo** lo negaba. Decía que me lo había imaginado, que deliraba, que estaba paranoica... Yo no tenía dudas.

—Te vi. Cada gesto de desprecio, cada ademán de fastidio, cada risita burlona... Hasta escuché cuando bufabas.

—¿Que bufé? Por favor, ¿cuándo?

Estaba tan dolida que, por un segundo, pensé que no iba a recordar lo que había dicho Facundo.

—Cuando hablaron del... del *slam* de poesía.

Milo se rio a carcajadas. Trataba de abrazarme y yo me zafaba.

—Es que lo del slam es una estupidez. Solo al inútil de Facundo se le puede ocurrir que vayas a uno de esos antros. ¿Le vas a hacer caso a él más que a mí? ¿Sabés lo que es un slam de poesía?

—Sí —mentí.

—¿Seguro?

—Claro que sé qué es.

Milo sospechaba y me contestó con una ironía.

—¡Ay, disculpe, señorita sabelotodo! Pensé que no tendrías ni idea. Como tampoco habías ido nunca a un taller de escritura...

Me acordé de lo que siempre afirma Belén: "Menos mal que nacimos en la época en que todo se puede encontrar en internet". Y volví a mentirle.

—No fui nunca a uno. Pero vi varios. Por YouTube.

Evidentemente Belén tenía razón. Debía haber videos en la web. Porque lo convencí.

—Entonces, tenés que reconocerme que no estás preparada para ir.

—Yo no dije que iba a ir... Y no cambies de tema. Para mí era importante tu opinión sobre mi poema. Y no solo no hablaste. Pusiste caras todo el tiempo.

—No puse caras, tontita...

—No me llames así. No me gusta.

Milo dejó de reírse. Me miró de un modo que me incomodó.

—¿Y cómo te gustaría que te llamara?

—Por mi nombre. O de otra manera más... cariñosa.

—Está bien. Te lo decía cariñosamente igual, pero si no te das cuenta...

—No es que no me doy cuenta. No me gusta. Me hace sentir... tonta.

Milo pateó una piedra con rabia y apoyó la mano contra la pared sobre la que me había recostado.

—No puedo creer que estemos discutiendo por cómo te llamo. Da igual si te digo "linda", "tontita", "bomboncito"...

—A mí no me da igual. Y esperaba una actitud más... no sé... más... solidaria en el taller cuando leí mi poema.

Milo acarició mi mejilla. Di vuelta la cara rechazando el mimo.

—De verdad —insistía él con una voz dulce, irresistible—. No puse caras de fastidio ni me reí. O a lo mejor sí. Pero era por las pavadas que decían. Ese Facundo no sabe nada... No era una devolución seria. Y no opiné porque no quería que los demás pensaran que no soy imparcial. Ya saben que estoy loco por vos.

Imposible mantenerme firme y seguir enojada. Esas palabras me desarmaron. Hice un último esfuerzo por resistirme.

—No... no te creo.

—Te juro que no hablé por eso.

—Supongamos que es así. Ahora no hay nadie. Quiero tu opinión.

—Marina...

—Ahora estamos solos, nadie te escucha más que yo.  
Milo suspiró.

—¿En serio querés saber lo que opino?

—Sí.

Él sonrió de un modo que no puedo definir. ¿Triunfal? ¿Aliviado? No sé... Fue una sonrisa tan rara. Entonces me abrazó y me besó con una ternura inesperada, con avidez incluso, y después me preguntó:

—¿Conocés a Walt Whitman? ♦

**La que** lo notó fue Belén. Gabriela jamás pronunciaba el nombre de César cuando hablaba de su hermana. Gabriela suspiró cuando sus hijas le preguntaron por qué y buscó un libro de Eduardo Galeano para leerles una cita.

“Quien nombra, llama. Y alguien acude, sin cita previa, sin explicaciones, al lugar donde su nombre, dicho o pensado, lo está llamando. Cuando eso ocurre, uno tiene el derecho de creer que nadie se va del todo, mientras no muera la palabra que, llamando, llameando, lo trae.”

—No quiero nombrarlo —agregó Gabriela—. No quiero llamarlo. Sospecho que él tuvo que ver con la muerte de Cecilia. No tengo pruebas ni modo de demostrarlo. Pero leí en libros de psicología casos en los que no se puede escapar de una relación y la única salida es dejarse morir. Tal vez haya ocurrido algo así.

Marina quería consolar a su mamá, que estaba evidentemente angustiada.

—Tal vez no había manera de salvarla.

Gabriela asintió con la cabeza.

—Quizá no. Pero yo debería haberlo intentado. ♦

*A veces me hace falta*

*ese sabor lejano*

*de lo que ya se ha ido,*

*como si no alcanzara*

*con guardar los paisajes*

*que repite la ausencia. ♦*

**Belén** tiene razón. Todo se encuentra en internet. Googleé “slam de poesía” y encontré varias páginas. Primero leí la descripción para saber qué era: “Slam poetry... nació en Estados Unidos en 1986... también se realiza en otros países como España, México, Chile, Canadá, Argentina... torneo inspirado en los jamming de improvisación... un grupo de poetas que recitan poesías creadas por ellos mismos frente a un público que actúa como jurado...”.

Después miré los videos de YouTube. Algunos eran geniales. Y como dijo Milo, comprendí que yo no estaba preparada para ir a un slam a leer mis poemas. Mucho menos después de su devolución. Fue tan despiadada

que terminé agradeciéndole que no hubiera opinado en el taller porque me hubiera sentido humillada. Es que él sí me despedazó, me devoró como un buitre, me dejó en carne viva, desangrándome... Con altura, eso sí. Hablaba como un especialista en literatura. Yo lo escuchaba paralizada. Mencionó mi inmadurez expresiva, mi evidente falta de lecturas, mi pobreza de recursos y de vocabulario, el abuso de clichés... y otras cosas que ni siquiera conseguí entender. Pero lo decía con ternura, mientras me miraba embobado, sosteniendo y acariciando mi mano entre las suyas, como un médico que le informa al paciente que tiene una enfermedad terminal.

—De verdad, amor —nunca me había llamado así antes—. Me pediste mi opinión sincera y es esta, aunque a mí me duele más que a vos aceptarla. Sé que es una crítica dura, pero es certera.

Así dijo, “certera”. “Como una flecha que da en el blanco”, pensé. Como una flecha que te atraviesa el corazón. ♦

## Lunes.

Lula me pidió que la acompañara al shopping a la salida del colegio para comprarse un jean. Yo no tenía ganas. Milo me había prometido que iba a venir a casa a las cinco a estudiar matemática conmigo.

—Y de paso me presentás a tu familia —me sugirió, como si eso lo ilusionara.

Quería ir a ordenar mi habitación, a arreglarme... No sé. Me emocionaba la idea de que mamá conociera a Milo, aunque me preocupaba la reacción de Belén, que no tenía filtro y siempre decía lo que opinaba.

Sin embargo, Lula se puso pesada y no me quedó más remedio que ir con ella. Fui de mal humor y cada dos segundos consultaba la hora. Lula entró a veinte locales y se probó sesenta pantalones. Ninguno la conformaba. A las cinco menos cuarto, perdí la paciencia.

—Chau, Lula. Va a llegar Milo y no me va a encontrar.

Tomé un taxi porque el colectivo tardaba demasiado. Subí las escaleras corriendo. Apenas tuve tiempo de darme una ducha y cambiarme de ropa.

Belén entró y me vio sentada en el living, con las manos cruzadas, inmóvil.

—Espero a Milo —le expliqué.

Belén simuló que le daban arcadas y que vomitaba. Me reí de sus payasadas.

—No seas mala. Dale, te va a encantar cuando lo conozcas mejor.

—No creo —afirmó mi hermana muy seria y se encerró en su habitación.

No hacía falta. Milo nunca apareció.

Martes.

En la entrada del colegio, vi a Milo rodeado de compañeros. Contaba chistes. Todos se reían a carcajadas. Mi

intención era que nos alejáramos del grupo para pedirle alguna explicación por su ausencia del lunes. No pude. Milo me pasó el brazo sobre el hombro, me sumó a la ronda y me miró con ternura. Entonces contó otro chiste. Un chiste tonto. Incomprensible. Sin sentido. No me causó gracia y no lo disimulé como los demás, que se reían por compromiso. O al menos eso pensé. Hasta que Milo me encaró:

—Después te lo explico.

Miércoles.

Mamá tenía los libros ordenados alfabéticamente por el apellido del autor. Yo me había quedado con el de Galeano. Cuando lo terminé, fui a guardarlo en su sitio. Al lado del hueco donde debía ponerlo volví a ver *La metamorfosis* de Kafka. Recordé el escalofrío que había sentido con aquel primer párrafo. Sin embargo, lo saqué de la biblioteca y decidí leerlo.

Cuando le conté a Milo, se burló.

—No es un libro para vos. Es demasiado complejo. No sé si lo vas a entender.

Jueves.

Taller en el centro cultural. Milo llegó sobre la hora, cuando ya estábamos todos. Antes de empezar, pidió la palabra.

—Marina se enojó porque el otro día no quise opinar sobre su poema. Todos saben que somos novios y

pensé que podía herirla con mi crítica. Pero comprendí que, para crecer como escritora, ella debe aprender a superarlo. Así que me disculpo frente a todos y prometo que no va a volver a pasar.

—¡Qué dulce! —me susurró Andrea al oído.

—¡Cómo te cuida! —suspiró Manuela.

—Me muero de amor —agregó Celeste.

—Un buen gesto de tu parte, Milo —lo felicitó Clara.

No me había avisado. Me tomó desprevenida, aunque en cierto modo lo que dijo me enterneció. Solo un momento. Porque cuando empezamos a leer los collages que habíamos armado la reunión anterior y que no habíamos tenido tiempo de compartir en la puesta en común, Milo se ensañó con todos. Pero especialmente conmigo, cuando descubrió que yo había rearmado el texto sola, en casa.

—No era cuestión de cortar y pegar, Marina. Eso es lo que transmite tu collage. Un pegoteo de frases sin sentido. La versión anterior era más elaborada, más madura. ¿Por qué la cambiaste?

“Porque no era mi creación, sino la tuya”, pensé. “Porque moviste lo que yo había hecho sin siquiera consultarme. Porque quería hacerlo por mí misma”. Por supuesto, no dije nada.

Carla y Fernando minimizaron la cosa.

—No es para tanto.

—Hay una coherencia en el texto de Marina.

—Y además es una consigna, un disparador, un pretexto, Milo —le señaló Mónica—. Después, si quiere, ella puede trabajarlo, corregirlo, mejorarlo...

Facundo tampoco estuvo de acuerdo con Milo.

—No coincido para nada —dijo él—. Marina está buscando su voz y estoy seguro de que va a encontrarla porque se nota que tiene talento.

—Claro que tiene talento —aseguró Milo—. Se lo digo a cada rato. Yo mismo la convencí de que asistiera al taller por ese motivo. Pero le faltan lecturas.

No terminaba de entender el juego de Milo, que parecía defenderme pero no dejaba de atacarme.

—No creo apropiado que menciones la falta de lecturas de un compañero —lo retó Mónica—. Eso no puede evaluarse. Además, cada lector procesa y refleja lo que lee en su escritura de maneras diferentes.

Milo no pensaba rendirse y dio la estocada final.

—Pero si ni siquiera conoce a Walt Whitman... —se burló mientras me daba un beso que intentaba dejarlo bien parado frente a los demás para que yo perdonara la traición.

Viernes.

La discusión fue a la salida de la escuela. Yo intenté explicarle a Milo lo mal que me había sentido en el taller, con sus comentarios, el día anterior. Que también me había dolido mucho la crítica que había hecho

de mi poema, aunque le agradecía que no lo hubiera hecho frente al grupo. Que creía que era más exigente conmigo que con los demás, pero que le pedía que tuviera en cuenta que yo estaba empezando y que necesitaba apoyarme en él para adquirir seguridad. Que me había parecido una traición que mencionara que no conocía a Walt Whitman. Que...

Me interrumpió. Ofendidísimo. Rabioso. Me gritó incluso.

—Nunca vas a llegar a ser una verdadera escritora si no aprendés a tolerar la mirada ajena. Y tus lecturas dejan mucho que desear, Marina. Tenés que admitirlo. Escribir poesía y no conocer a Whitman... Un poeta emblemático, ineludible. El mismísimo Borges lo elogiaba al punto que lo tradujo. ¿O es que tampoco leíste a Borges? No te puedo creer, Marina.

Llegué a casa llorando. Belén almorzaba temprano porque tenía clase de educación física en contraturno. Pero cuando me vio pálida, desencajada, con los ojos llenos de lágrimas, se asustó.

—¿Qué te pasó?

Yo no podía hablar. El llanto me ahogaba.

—Decime qué te pasó —suplicaba mi hermana—. Marina, por favor...

—Milo... —murmuré con la voz entrecortada.

—¿Qué te hizo ese desgraciado?

—Me dejó.

Sábado.

Apenas había pegado un ojo durante la noche. Belén se había quedado dormida a mi lado después de intentar en vano consolarme hasta la madrugada, cuando el sueño la venció. Yo no había querido contarle las cosas que Milo me había dicho, ni siquiera sus críticas literarias. Tampoco le había mencionado nunca su indiferencia, sus desplantes, su... No había querido darle a Belén más motivos para odiarlo. Y ahora no tenía sentido. Además era mi culpa. Yo era responsable por la ruptura.

—Es que yo soy una tonta, una insegura, una pose-siva —me justificaba—. Y él se sintió agobiado por mis reclamos. Tendría que haberme callado la boca y aprender de él, que solo me estaba guiando por el camino de la literatura y yo lo viví como una humillación.

Belén solo quería que me calmara. Así que no habló de él.

—Ahora no pienses más en eso.

Mamá se preocupó cuando me negué a cenar. Belén le explicó a medias lo que sucedía. Yo no quería que le diera tantos detalles. Igual no insistió, aunque entró, me abrazó fuerte y me dio un beso.

Me desperté cerca de las doce del mediodía, aturrida, confundida, con los ojos hinchados de tanto llorar. Por un instante me acordé de Gregorio Samsa, el protagonista de *La metamorfosis*. Igual que él yo sentía que me había transformado en un insecto asqueroso, en

una cucaracha, en un monstruo repulsivo... que Milo despreciaba.

El celular estaba muerto. Me había olvidado de cargarle la batería el día anterior. Lo enchufé y fui al baño. Cuando volví, en la pantalla aparecían sesenta y cinco mensajes. Todos de Milo.

Domingo.

Belén me pedía que no fuera a encontrarme con él en el parque, que esperara un poco. Pero los mensajes me habían desarmado.

—Te amo. Soy un idiota. No sé cómo disculparme. Por favor, Marina. Me muero si te pierdo. Sos lo mejor que me pasó en la vida y...

Sus palabras anticipaban una reconciliación apasionada a la que no podía resistirme. Imaginaba sus labios recorriendo mi piel, sus manos dibujando caricias, su voz en mi oído...

—No lo perdones tan rápido —insistía mi hermana—. Te trató mal.

—No me trató mal. Es que yo no acepté sus críticas. Él las hizo para que creciera como escritora. Tiene razón. No leí a Whitman. No entiendo el libro de Kafka. Él sabe mucho y quiere ayudarme porque me ama.

Belén movía la cabeza de un lado a otro, fastidiada.

—No te reconozco. ¿Te lavó el cerebro? Tuvo una actitud... violenta.

—¡Ay, Belu, ni que fuera un golpeador!

Belén fue implacable.

—Cuidate. Hay muchas clases de golpes... ♦

## Tercera parte Muro descascarado

Y aún me atrevo a amar  
el sonido de la luz en una hora muerta,  
el color del tiempo en un muro abandonado.

En mi mirada lo he perdido todo.  
Es tan lejos pedir. Tan cerca saber que no hay.

**"Mendiga voz"**

**Alejandra Pizarnik**

**Belén** estaba impaciente por recibir noticias de la gente de Bariloche. Pero nadie se había comunicado todavía con ella. Marina la tranquilizaba con teorías lógicas.

—La casa está en venta. A lo mejor no viven ahí. O la de la inmobiliaria se olvidó de pasarles tus datos. O simplemente no conocían a la tía. O no les interesa hablarte.

—Todo es posible, ya sé. Pero no voy a rendirme. Quizá mamá pueda decirnos algo más.

Por más que trató de evocarlos, los recuerdos que Gabriela conservaba de su hermana se habían vuelto borrosos.

—Ni siquiera me quedaron demasiadas pertenencias de ella —se lamentaba—. No sé dónde habrán ido a parar. Después de la muerte de mis padres y de varias mudanzas... Había una foto en la que se la veía a Cecilia a lo lejos y en primer plano un rastro de pisadas que

ella iba dejando sobre la arena. Era triste la foto. Porque las marcas se iban a borrar. Y eso pasó con Ceci, que casi no quedan huellas de su vida salvo en mi memoria, donde se volvieron tan frágiles.

—¿Preferís que dejemos de hablarte sobre la tía?  
—quiso saber Marina al verla tan angustiada.

—Al contrario. Me hace bien que les interese saber acerca de mi hermana. Me ayudan en cierto modo a recuperarla.

Fue entonces cuando Gabriela les contó que Cecilia, igual que ella, había estudiado en el Normal 8, del barrio de Boedo, y en la UBA. Tuvo que hacer cuentas para recordar la fecha en que su hermana había egresado del secundario e ingresado a la facultad. También mencionó los nombres de algunas amigas. No muchas. Mara. Laura... Había pasado demasiado tiempo.

—Es que Ceci se alejó de todas cuando lo conoció a él —agregó Gabriela—. En realidad, con el tiempo me di cuenta de que él la alejó de todas. No volvió a verse con ninguna, creo.

Lo único que Gabriela se negó a mencionar fue el apellido de César.

—No quiero que lo contacten por ningún motivo. ¿Está claro? Ni a él ni a su familia.

Sus hijas aceptaron esa única condición que les impuso Gabriela y usaron los otros datos para rastrear las redes sociales.

—¿Qué es lo que buscamos? —preguntó Marina.

Belén respondió mientras revisaba perfiles y fotos:

—La verdad. ♦

**A partir** de la reconciliación del domingo en el parque, Milo se mostraba tan enamorado como yo. Era el novio ideal. O al menos el que yo consideraba ideal. Me llamaba a la noche, me mandaba mensajitos a cada rato, me esperaba en la esquina para ir juntos al colegio y al taller... Incluso me compró flores.

—Estamos tan bien... —les contaba a Lula y a mi hermana—. Y es tan dulce...

—¿Viste? Yo te dije que estaba muerto por vos —confirmaba mi amiga—. Que eras una exagerada al quejarte por pavadas... Además no hay un hombre que sea perfecto.

Belén no opinaba lo mismo.

—Qué giro dio, de dejarte plantada y no responderte a tantas atenciones... hay que ver si le dura...

—Belu, por favor, no quiero que le tomes idea.

—Solo te pido que estés atenta, Marina.

—Te digo que está cambiado, Belu. Es otro.

—A mí no me va a engañar con espejitos y collares de colores —refunfuñaba mi hermana.

—Cuando lo conozcas mejor, te va a encantar —insistía yo.

—Seguro, adoro a las víboras. Sobre todo a las pitones. Y cambiando de tema... ¿esos jeans son tuyos? Te quedan grandes.

Me acomodé los pantalones, que se me caían.

—Son los de siempre. ♦

**Yo había** estado leyendo los poemas de Whitman para impresionar a Milo. Incluso había memorizado versos que me habían gustado. Lo cierto es que a último momento me avisó que no iba a ir al taller. No me explicó la razón. Así que salí con el tiempo justo y tuve que apurarme para no llegar tarde, cosa que odiaba. A media cuadra, choqué con Facundo que doblaba por la esquina. Se me cayó la carpeta y se me desparramaron los papeles entre los que asomaba *La metamorfosis*.

—No te vi —se disculpó él, mientras recogía todo.

—Fue mi culpa. Soy torpe. E iba sin prestar atención. Caminamos juntos hasta el centro cultural.

—¿Qué te parece el libro de Kafka? —me preguntó antes de entrar.

Hubiera querido hablar con la autoridad de Milo. Pero no tenía su vocabulario y me daba vergüenza que mis palabras sonaran pobres, insuficientes, mediocres incluso.

—No sé cómo explicarlo —reconocí por fin—. Pero me angustia la historia. El protagonista... su sufrimiento...

el modo en que los demás lo desprecian... Y al mismo tiempo no puedo dejar de leer. Quisiera salvarlo. O que logre salvarse.

Facundo asintió con la cabeza y sonrió. Después me dio un volante. Era un anuncio de un *slam* de poesía que iba a realizarse la semana siguiente.

—Hablé en serio el otro día cuando dije que deberías leer tus poemas en un *slam*. Carla, Fernando y yo estamos organizándonos para ir juntos. Si tenés ganas...

Guardé el folleto en el libro de Kafka.

—Gracias, aunque no creo que pueda.

**Estaba** feliz. Había rastreado por Facebook a un par de exalumnas del Normal 8 que habían sido compañeras de Cecilia. Belén esperó a su hermana Marina para que chatearan juntas con algunas de ellas. Todas recordaban a la tía con cariño, como una excelente alumna, buena compañera, algo callada, tranquila... Algunas ni siquiera sabían que había fallecido y lo lamentaron. Nadie pudo aportarles información diferente o relevante, ni siquiera las tres o cuatro que se siguieron comunicando o viendo con ella al terminar el colegio. Solo una creyó recordar a un novio.

—Cecilia lo conoció cuando estaba haciendo la residencia. Estaba encandilada con él. Nos hablaba maravillas. Sin embargo, nunca nos lo presentó. Fue raro

porque éramos bastante unidas con ella y con otras chicas. Lo cierto es que ya no volvimos a verla más.

**El viernes** a la salida de la escuela, Milo me propuso ir al río. Acepté encantada. Caminábamos de la mano por la costanera, en silencio. Cada tanto me daba un beso. O me abrazaba. Me sentía tan feliz con él. Completa. Como era un momento de tanta intimidad, se me ocurrió compartir con él la historia de Cecilia. Milo me escuchó sin hacer preguntas, aunque se puso serio. Cuando terminé de contarle, le pregunté qué opinaba.

Milo sonrió y dijo:

—Que ya es hora de volver a casa.

**Estaba** conversando con Fernando y con Carla en un recreo cuando apareció Facundo y les comentó que me había invitado al *slam* de poesía.

—¡Genial! Nosotros estamos entusiasmados por participar. Creo que también vienen Celeste y Andrea. Manuela, no. A Julio le encantaría, pero tiene que estudiar para un parcial. Y si la convencemos a Clara...

Busqué excusas para que no descubrieran las verdaderas razones para negarme a acompañarlos.

—Es que yo... no sé... Creo que ese día tengo ya un compromiso y...

Facundo no me creyó.

—Espero que no sea por Milo que no querés ir.

—Bueno, en parte... Ya escucharon lo que señaló de mis producciones... Y él cree que no estoy lista para leerlas frente a un público que además actúa como jurado...

—No le des tanta importancia —dijo Carla—. No es el dueño de la verdad.

—Y últimamente ni siquiera trae textos para que leamos. Critica a todos, pero no escribe una sola línea —agregó Fernando.

No había notado ese detalle hasta que lo mencionó. Igual me molestó que hablaran de Milo de esa manera.

—Además, no estoy para nada de acuerdo con su opinión —intervino Facundo—. Tu poesía es intensa, con metáforas e imágenes formidables. Tenés que publicirlas un poco. Pero ¿quién no corrige su trabajo?

—Entonces, ¿vas a venir? —insistió Carla.

No le contesté. ♦

*Era otra, quizás, otra la lluvia*

*donde se refugiaba la esperanza*

*con el remoto aliento*

*de lo desconocido*

*y el horizonte incierto*

*de lo que no se alcanza.*

Como un breve relámpago  
que borda cicatrices en el cielo,  
un asombro temprano  
palpitaba en el musgo  
y ardía en viejas fiebres  
condenado a la estéril certidumbre  
de vagar sin destino hacia la muerte.

Entonces no se abría mi deseo a mi temor desnudo,  
a mi sed de palabras,  
a la húmeda voz del cuerpo mudo.  
Entonces no me hería  
el secreto sabor de aquello que se añora  
ni el pecado trivial  
de sentirse extranjero en la alegría.

Era otra, quizás, otra la lluvia  
y en ella agonizaba la tristeza. ♦

**Mónica** nos dio una nueva consigna:

—Hoy vamos a emplear una técnica surrealista: el muro descascarado. Yaki Setton, en *La revuelta surrealista*, decía: “Tras haber encontrado una pared descascarada por la humedad o el envejecimiento de la pintura, traer lápiz y papel para luego sentarse frente a ella. Después comenzar a mirar detenidamente sus rugosidades, sus

manchas de humedad, buscando si esos accidentes de la pared nos traen alguna imagen o podemos ver alguna figura. Tras el descubrimiento tomar el lápiz e intentar reproducir la imagen o figura encontrada”.

—¿De verdad vamos a salir a buscar una pared así, que se caiga a pedazos? —preguntó Manuela.

Todos nos reímos.

—No —aclaró Mónica—. Les voy a dar copias de algunos poemas, y tienen que “descascararlos”.

—¿O sea? —quiso saber Carla.

—Cada uno va a tachar la mayor parte de la página, dejando visibles letras, palabras, frases sueltas... Lo que quieran. Después se intercambian las hojas. No traten de adivinar lo que decía el original. Dejen que los restos les inspiren una historia, por rara que sea. La idea es ser capaces de adecuarnos a este texto “mutilado” y, al mismo tiempo, completar con creatividad los espacios o huecos que la literatura deja crecer entre las palabras. Es otra propuesta del grupo Grafein.

Taché mi fotocopia con un marcador negro que nos prestó Mónica. Cuando terminé se la pasé a Julio, que estaba sentado a mi lado. A mí me tocó el muro descascarado por Facundo. Lo había hecho sobre “El viajero sintético”, un poema del escritor surrealista Juan José Ceselli.

Traté de concentrarme en las palabras y completar los espacios vacíos. Pero la figura tachada se me imponía y me asfixiaba, no sabía por qué.

Cuando por la [ ] se propaga [ ] de [ ]  
[ ] quedan prisioneros  
Y tus [ ]  
Hechos con las alas de [ ]  
[ ] de donde nacen [ ] el olvido  
Y se leen [ ] del destino

Tu mirada [ ]  
Porque tu presencia es [ ]  
Como una sombra [ ]

Quando por la *oscuridad* se propaga el *sonido* de tu *ausencia*,  
tus *recuerdos* quedan prisioneros  
Y tus *gritos*  
Hechos con las alas de un *pájaro herido*  
anidan en antiguos *refugios* de donde nacen el *desamparo* y el *olvido*  
Y se leen las *burlas* del destino

Tu mirada *me reclama*  
Porque tu presencia es la *obstinada verdad*.  
Como una sombra que *huye del silencio*.

Cuando me tocó el turno de leer, arrugué mi hoja y sonreí, mientras me disculpaba.

—No pude escribir nada. ♦

**Hasta** ese momento Antonio, el padre de Marina y de Belén, no había intervenido. Las chicas lo incluyeron.

—Conocí a mamá cuando ya Cecilia no vivía en Buenos Aires. La vi solo un par de veces después, entre viaje

y viaje. Mi relación con ellos fue muy acotada. Pero él no me caía bien. Era un soberbio. Parecía un nene caprichoso. Y malcriado. Su familia tenía muchísimo dinero y se llevaba el mundo por delante.

Belén intentó sonsacarle información.

—Mamá no quiere darnos el apellido.

Antonio se puso serio.

—Estoy de acuerdo con que averigüen qué le pasó a Cecilia. Y cuentan con nuestro apoyo. Pero no se acerquen a él ni a su familia. Gabriela se los debe haber advertido. Se dedicaban a la política y eran de lo peor. Corruptos y matones. Cecilia tendría que haberse separado de ese tipo. Una vez estuvo a punto de hacerlo. Me acuerdo de que llamó llorando pidiendo ayuda de sus padres. Gabriela todavía vivía con ellos y escuchó todo.

—¿Y qué pasó?

—Él le sacó el teléfono y dijo que había sido una discusión tonta, de las que tiene cualquier pareja, que no le dieran mayor importancia, que iban a solucionarlo solos, que no se metieran en lo que no les importaba... Fue una situación violenta.

—¿Y sabés si se arreglaron?

—No, no lo sé. Al poco tiempo ella murió. ♦

**No hacía** ni un mes que estábamos juntos cuando me di cuenta de que a Milo no le caía bien Lula. Al

principio evitaba que saliéramos con ella, me pedía que nos fuéramos solos de la escuela cuando siempre lo había hecho con mi amiga, organizaba un plan alternativo cuando sabía que Lula me proponía otro... Después vinieron las insinuaciones solapadas y las críticas... No eran abiertas ni graves. Cuestionaba pequeños defectos.

—No sé por qué no estudia. Se va a llevar todas las materias. Creo que no le da el cerebro.

Yo, por supuesto, la defendía.

—Lula tiene sus cosas, pero es un sol. E inteligente, aunque sea un poco vaga. Al final se pone las pilas y levanta todas las notas. Siempre hace lo mismo.

Lo que más criticaba Milo era la forma de vestir de Lula. La ropa era la perdición de mi amiga. Se compraba toneladas que ni llegaba a estrenar. Muchas veces me regalaba cosas que todavía tenían puesta la etiqueta.

Desde que salíamos con Milo no había podido usar nada de eso.

—Te queda horrible, Marina. Que se lo ponga Lula, vaya y pase... ¿No ves que es de trola? Además te hace regorda.

Yo me sentía muchas veces entre la espada y la pared. Ante Lula disimulaba las objeciones de Milo a nuestra amistad y creo que lograba que ella no notara la brecha que se iba ahondando y que se hizo evidente el día del cumpleaños. Como siempre, Lula había organizado una previa en su casa y después una salida

grupal a bailar. Cuando se lo comenté a Milo, me abrazó, me besó y me dijo:

—Prefiero que no vayamos.

—¿Estás loco? Es el cumpleaños. No hay excusa posible para no ir. Además es mi amiga.

Milo me abrazaba y me acariciaba la nuca de un modo que no podía resistir.

—De verdad, amor. Prefiero que nos quedemos los dos solos, haciendo algo que nos guste, mirando una película... No me gusta hablar mal de los demás, pero Lula se porta como una boba, tan alocada, frívola y...

Esa vez me ofendí. Lula era mi mejor amiga desde preescolar. Tenía otras amigas, claro. Sin embargo, Lula era incondicional e irremplazable en mi vida.

—No me importa lo que pienses. No voy a fallarle.

Al ver mi reacción, se disculpó.

—Perdón, amor, soy un tonto. Claro que es tu amiga y lo respeto. Tampoco te digo que le falles. Si querés aparecemos en la previa y después, no sé, decimos que no me siento bien y nos borramos.

—No quiero mentirle, Milo.

Él estalló y me habló de manera agresiva.

—¿Tanto te importa ir a bailar? Andá entonces. Pero sin mí.

Dio en la tecla. Por supuesto que no me importaba ir a bailar. De hecho no me gustaba. Y mucho menos sin él. De todos modos me resistí.

—En serio, es mi mejor amiga. La adoro. Tenés que entenderlo.

—¿Qué tengo que entender? ¿Que hay que hacerle caso en todo sí o sí? Si quiere festejar su cumpleaños de un modo estúpido y que no te interesa, ¿es obligatorio obedecerla? ¿No se le puede decir que no? ¡Ay, Marina! Uno debe tener personalidad incluso con los amigos. Si te quiere tanto, debería aceptar que no vayas.

No quería defraudar a Lula. Ni mentirle. Ni que Milo se enojara conmigo por un estúpido baile. No importó cuánto le pedí que hiciera una excepción. Él solo me dio una opción.

—Hacé lo que quieras. Yo no voy. ♦

**Después** de varios días sin noticias, llegó el mail. Belén lo recibió, aunque esperó a Marina para leerlo juntas. Lo firmaba una tal Claudia. Ella y su marido Pablo eran los dueños de la casa de Bariloche que estaba en venta y la empleada de la inmobiliaria les había dado sus datos. Por supuesto recordaba a Cecilia. Es más, habían mantenido una relación estrecha con ella y con César, porque Pablo también era médico y había trabajado en el servicio de emergencias. Ambos estaban dispuestos a conversar sobre Cecilia.

—¿Por Skype? —preguntó Marina—. ¿O vamos a viajar a Bariloche?

—No hace falta. Tienen la casa en venta porque se mudan a Buenos Aires. Llegan la semana que viene —le informó Belén. ♦

**Fui al** cumpleaños de Lula. Sin Milo, claro. Y amargada por la discusión con él. O por las discusiones. Porque hubo otras. La peor fue cuando encontró el folleto del slam de poesía dentro del libro de Kafka. Se enfureció cuando le confesé que me había invitado Facundo. Le dio un ataque.

—¿No te das cuenta de que le gustás y quiere transarte?

Al principio me sentí halagada por lo que creí que eran celos.

—¡Ay, Milo! Nada que ver. Si van todos: Carla, Fernando, Andrea, Celeste... Incluso Clara.

—Sos demasiado ingenua. Él compite conmigo todo el tiempo. Se la cree. Piensa que es un gran escritor y sus textos no valen nada.

—Podemos ir juntos si te molesta que vaya sola.

—Yo no piso esos antros. Y te aconsejo que vos tampoco, a menos que quieras que se te rían en la cara cuando leas tus poesías.

Se me saltaban las lágrimas. Recordé la figura del ejercicio del taller y me di cuenta de por qué me angustiaban las tachaduras. Milo tachaba partes de mí, lograba descascararme y que me derrumbara poco a poco.

—Milo, es cruel lo que me decís.

Inmediatamente me besó y me abrazó.

—Por favor, disculpame, me saco mal. Perdón. Es que no quiero que te lastimen. Lo hago para protegerte. Te cuido. De verdad.

Por supuesto no fui al slam con mi grupo. Pero sí al cumpleaños. No podía dejar en banda a mi amiga. No disfruté nada. La previa y el resto de la noche se volvieron turbios, aburridos, insoportables... Ya no me importaba estar con Lula ni con nadie.

—¿Qué te pasa? —me preguntó ella al verme tan mal.

Y entonces le mentí. Por primera vez en tantos años de ser amigas.

—No te enojés. Pero no me siento bien. Me voy a casa. ♦

**Mis** compañeros de taller no dejaron de hablarme del slam.

—Lástima que no viniste. Estuvo genial.

—Igual hacen uno todos los meses.

—A mí me encantaron los textos que recitaron los poetas. Muy talentosos algunos.

Facundo me espiaba de reojo. Yo me sentaba encorvada, para no mirarlo a los ojos y revelar la verdadera razón de por qué no había ido.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí...

Milo no había llegado. Como siempre, si aparecía, lo hacía tarde. O faltaba. Mónica ya le había llamado la atención y le había hablado de desinterés o poco compromiso.

—Ni siquiera estás trayendo tus producciones —le señaló—. No te olvides de que uno de los aprendizajes más importantes del taller es crear una rutina de trabajo riguroso. El auténtico escritor no escribe a veces, sino todo el tiempo.

Milo enseguida daba vuelta las cosas a su favor.

—Es que estoy con un proyecto ambicioso, Mónica. Una novela. Y me quita tiempo para completar las consignas. Tal vez tenga que abandonar el taller.

**Milo** vino a cenar a casa por primera vez. Yo estaba emocionada. Quería que mamá lo conociera. Estaba segura de que iba a fascinarse con él, con su educación, con su nivel de cultura, con su elocuencia... Es que mamá siempre se queja de los jóvenes de ahora que no saben ni hablar ni comportarse.

Belén se quedó de mala gana. Había intentado ir a dormir a la casa de una de sus amigas, pero le pedí por favor que estuviera presente en ese momento tan especial.

Milo llegó puntualmente a las nueve. Traía una caja de bombones para mamá y elogió la decoración. Saludó a Belén con una sonrisa encantadora y se mostró amable y cordial. Se ofreció incluso a ayudarme a poner la

mesa y a enseñarme normas de protocolo que había aprendido en el extranjero.

—El cuchillo se coloca a la derecha del plato, con el filo hacia adentro. La cuchara también a la derecha del cuchillo con la concavidad hacia arriba. El tenedor va a la izquierda del plato, con las puntas también hacia arriba. Los cubiertos van a una distancia de tres o cuatro centímetros a cada lado del plato.

—No necesitamos cucharas. Si vamos a comer ravioles... —se fastidió mi hermana.

—Perdón, no conocía el menú —se disculpó Milo y fue tan dulce su mirada...

En la cena contó anécdotas de sus viajes.

—París es maravillosa, pero hay que hablar bien francés para no pasarla mal. En cambio en...

Yo le hacía preguntas hipnotizada.

—¿Dónde queda Innsbruck? ¿En Suiza?

—¡Ay, Marina, no! En Austria. ¿Quién no lo sabe?

—Yo tampoco lo sabía —retrucó Belén.

Milo se mantuvo imperturbable al mal modo de mi hermana.

—Es una ciudad en los Alpes, la capital del estado occidental de Tirol, un destino para la práctica de deportes de invierno. Ahí aprendí a esquiar.

Mamá estaba rara. Observaba a Milo y aunque le hablaba, no se mostraba simpática. Intuí que Belén la había predispuesto en contra de él.

Sentí curiosidad por saber a qué se dedicaban los padres de Milo, pero en ese momento mamá avisó que la comida estaba lista. Quise servir yo y cuando le alcancé el plato a Milo, volqué sin querer un poco de salsa sobre el mantel impecable. Él se puso tenso un instante y corrió la silla hacia atrás para no ensuciarse.

—Traé algo para limpiar la mancha enseguida. La salsa es difícil de lavar —dijo en un tono imperativo, que suavizó de inmediato al agregar—: Lo sé porque yo también soy torpe, me pasa siempre.

Me reí. Pero fui la única. ♦

**Se encontraron** en una confitería tradicional en una esquina de la zona de Almagro. La cita era a las cinco, pero Belén estaba tan ansiosa que las hizo salir con demasiada anticipación y llegaron cuatro y media. Gabriela apenas recordaba a Claudia o a Pablo. Los había visto en una, tal vez en dos ocasiones, hacía muchos años, siempre en el cementerio. El día del entierro primero y, en otra oportunidad, en la que por razones de trabajo Gabriela había viajado a Bariloche y quiso ir a dejar flores en la tumba de su hermana. Pero después su familia había logrado trasladar los restos de Cecilia a Buenos Aires y no tuvieron más contacto. Sin embargo, Belén le había mostrado a su mamá fotos de los perfiles de las redes sociales y ella creyó reconocerlos, al menos

a Claudia. Gabriela no dudó en acompañar a sus hijas cuando se lo propusieron. La idea de sumarla a la reunión había sido de Marina.

—Ella tiene más derecho que nadie a estar y a preguntar.

—¿Te comentó si venía sola o con el marido? —quiso saber Marina.

Llegaron juntos. Pablo abrazó a Gabriela y a ella se le agolparon de pronto los recuerdos y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cuando Claudia me dijo que tus hijas nos habían contactado, me alegré tanto. Jamás nos olvidamos de Cecilia. Era tan dulce, tan especial, tan buena compañera...

El mozo les tomó el pedido y esperaron a que les sirviera para que no hubiera interrupciones en la charla.

—Tal vez les haya extrañado después de tanto tiempo... —empezó a decir Gabriela—. Mis hijas quieren conocer la historia de su tía.

—En realidad —interrumpió Belén—, además de cómo era su vida en Bariloche, queremos saber qué pasó la noche en que murió. No entendemos por qué no llamaron a una ambulancia o fueron al hospital cuando Cecilia comenzó con los primeros síntomas del ataque.

Pablo se puso serio y miró a su esposa. Ella asintió con la cabeza.

—Cerca de la medianoche César me pidió ayuda. Yo mismo llamé a una ambulancia, que llegó enseguida, mientras le daba los primeros auxilios. Y la acompañé al hospital.

Gabriela estaba tan extrañada como sus hijas al oír eso.

—Entonces, ¿por qué no lograron...? ¿Por qué falleció?

Pablo respiró profundo.

—Fue demasiado tarde. Cecilia había entrado en crisis muchas horas antes. No pudimos hacer nada.

—Entonces él ignoró los síntomas —agregó Belén, alarmada.

—Evidentemente. Pero Cecilia también y eso era lo que me extrañaba. Cuando le pregunté a César qué había pasado me costaba entender lo que decía mientras trataba de reanimar a Cecilia: “Yo quería calmarla”, murmuraba César. “Yo... quería calmarla...”, repetía trastornado. Al principio creí que se refería a que había intentado tranquilizarla. Pero después sospeché que le había dado alguna clase de sedante que la había relajado; si pasó algo así, eso le quitó las fuerzas para seguir respirando y causó una depresión respiratoria.

El rostro de Gabriela se transfiguró. Marina le apretó fuerte la mano cuando su mamá preguntó:

—Entonces... él... él de algún modo, ¿la mató?

Pablo se quitó los anteojos y los limpió antes de seguir.

—Eso es imposible de saber... Fue imposible entonces y creo que mucho más lo es ahora. Pero lo que sí

queda claro es que él tenía control sobre Cecilia, y estaba seguro de que nadie era capaz de saber, mejor que él, qué hacer con todo lo referente a ella... Parecía que Cecilia era su posesión... Él decidía desde sus trabajos y sus visitas, hasta sobre su salud o... su propia vida.

—Y tal vez, en ese momento, desde su posición de “dueño” de Ceci se debe haber dado cuenta de que ella intentaba escapar de él, aunque no sabía cómo. Él no podía permitir que lo abandonara y eso seguramente le costó la vida a Cecilia —concluyó, apenada, la mujer de Pablo.

Claudia abrazó a Gabriela, que lloraba. Belén apretaba los puños con rabia contenida. Marina recordaba la sonrisa de Cecilia en la foto, señalando el cantero de tulipanes, tan hermosos, tan frágiles como ella. ♦

Tu nombre solitario  
resuena tercamente en mis palabras  
como si todo el aire de la noche  
repitiera tu ausencia.

No sé dónde encontrarte.

Allí donde las sombras  
construyen un jardín  
que no visitará la primavera.

Allí donde el silencio  
derrama gota a gota su lamento  
como una lluvia antigua  
que empapa de tristeza  
las calles del pasado.

Allí donde el olvido  
se aferra como un náufrago  
a los retazos frágiles  
que la memoria hilvana  
con dedos temblorosos.

Allí donde la pena  
recorre el laberinto oscuro de los miedos  
rozando las paredes  
como un ciego.

No sé dónde encontrarte.

La infancia es un paraje  
que ha quedado tan lejos.

La infancia es la comarca  
donde habitan los sueños  
y acaso si pudiera,  
volvería a buscarte  
porque seguramente

en su ciudad difusa  
estarás esperando invulnerable,  
escapando al espanto  
y al feroz deterioro  
de la mala memoria.

Pero apenas regreso.

Quizá porque la niebla  
desdibuja obstinada  
tu rostro en la distancia.

Quizá porque no puedo  
desandar los caminos  
que ya nadie transita.

A veces sopla un viento  
que me trae migajas desprolijas  
desde el paisaje pálido  
de lo que se ha perdido  
y late acompasada  
tu voz en mis oídos,  
como una melodía de hojas secas.

A veces la nostalgia  
me devuelve fugaz una limosna  
como a un mendigo hambriento

y luego se despide  
como lo hace el viajero  
que parte para siempre al desamparo.

No sé dónde encontrarte  
y por eso te nombro,  
hermana mía,  
para que las palabras,  
sortilegio ancestral e ineludible  
capaz de rescatarme  
de la bruma y la muerte,  
te traigan otra vez a cobijarme  
en el rincón de mi melancolía. ♦

**Claudia** llamó al mozo y le pidió un té de tilo para Gabriela. Belén intentó reponerse del shock que le había causado el relato de Pablo y siguió preguntando.

—¿Por qué no se sabe si le inyectó o no un sedante?  
¿No se hizo autopsia?

Pablo suspiró.

—No había razón. El diagnóstico fue que Cecilia murió por una insuficiencia respiratoria causada por una severa crisis de asma. César firmó el acta de defunción. Poco después desapareció de Bariloche. La policía lo buscó por otra cuestión. Lo acusaban de una estafa. Había un muchacho enfermo de cáncer. César se

comprometió a curarlo con un tratamiento macrobiótico. Les cobró a los padres una fortuna por adelantado. El chico murió y querían enjuiciarlo. No lo encontraron.

—Debe haber sido en esos días en que apareció por casa a dejarme las pertenencias de Ceci —reflexionó Gabriela—. Antes de huir a esconderse detrás de su familia.

—Habría que hacer algo —se indignó Belén—. Puede repetir la misma conducta y matar a otra persona. El tipo es un enfermo. Y tiene matrícula de médico, hay que rastrearlo y desenmascararlo.

Pablo y Claudia se miraron extrañados. Ella fue la que preguntó:

—¿Ustedes no se enteraron?

—¿De qué?

—César murió también. Tres meses después de lo de Cecilia. Se suicidó.

Gabriela y las chicas quedaron consternadas con esa información. Las tres lloraban. Fue Marina la que rompió el silencio al preguntar:

—¿Cómo?

—Se ahogó. Encontraron su cuerpo en el Río de la Plata —explicó Claudia.

—Ahí sí hubo autopsia y se descubrió que se había inyectado una sustancia para producirse un paro cardíaco —agregó Pablo—. Quiso asegurarse de morir.

Se hizo un silencio. La noticia dejó a las tres en un callejón sin salida, sin la posibilidad de conocer la verdad.

Gabriela levantó la vista, miró por la ventana y, como si se hablara a sí misma, murmuró:

—Y de morir ahogado, como Cecilia.

—Creo que él no logró superar la culpa que sentía por la muerte de Cecilia —aseguró Pablo—. A su modo, quizá patológico, la quería.

Marina sintió un escalofrío cuando escuchó a Belén decir:

—Sí, un amor que la mató.

—¿Por qué no pidió ayuda? —se reprochaba Gabriela—. ¿Por qué no me llamó?

Claudia la consolaba.

—No pudo. No te sientas responsable. Tampoco me contaba nada a mí. En los últimos meses yo la veía triste, melancólica, marchita... Le preguntaba si estaba bien, si tenía problemas con César... Ella sonreía y lo negaba.

Eran más de las ocho cuando se despidieron.

—Cualquier cosa que necesiten —les ofreció Pablo—, cuenten con nosotros.

—Gracias, las respuestas han sido de gran ayuda.

Estaban yéndose, cuando Claudia regresó.

—Cuando recibí el mail de ustedes y arreglamos para encontrarnos, pensé en qué podía decirles, en cuánto querías vos, Gabriela, saber algo cierto sobre tu hermana. Y recordé que la veía muchas tardes sola... en su jardín, escribiendo. No sé qué escribía, pero siempre lo

hacía en un cuaderno. Quizás era un diario personal... o algo así.

—¿Un diario? No tenía idea —se extrañó Gabriela—. No lo vi nunca.

—Si lo recuperaran... tal vez... no sé. Seguramente las aliviaría leer sus palabras.

Gabriela, Belén y Marina se quedaron un rato sentadas, después de que Pablo y Claudia se fueran. Belén tenía una expresión extraña en la cara. Marina la conocía:

—¿Qué estás pensando? —le preguntó.

—Si ese diario existe, lo vamos a encontrar. ♦

## Cuarta parte Predominio de...

Que los ruidos te perforen los dientes,  
como una lima de dentista,  
y la memoria se te llene de herrumbre,  
de olores descompuestos y de palabras rotas.  
Que te crezca, en cada uno de los poros,  
una pata de araña;  
que solo puedas alimentarte de barajas usadas  
y que el sueño te reduzca, como una aplanadora,  
al espesor de tu retrato.

Oliverio Gironde

Poema predominio de lo  
(T)

**La mamá** de Marina se opuso terminantemente. Belén insistió.

—Podemos encontrar respuestas en ese diario.

—Cecilia no era de la clase de persona que escribe un diario íntimo. Tal vez Claudia se confundió. Y además pasaron demasiados años. Si existe o existió, ese diario quedó en manos de él o de su familia. No creo que lo hayan conservado.

—De todos modos no perdemos nada con probar. ¿No te parece? —Belén buscó el apoyo de su hermana, que estaba distraída leyendo mensajes del celular, y la increpó—: ¡Eh, Marina! ¿No estás de acuerdo conmigo?

—¿Con qué tengo que estar de acuerdo?

Belén se fastidió cuando vio de reojo que los mensajes eran de Milo.

—¿Podés decirle a tu novio que espere un minuto? Estamos discutiendo algo que es importante y...

Gabriela la interrumpió.

—No estamos discutiendo nada. La última palabra la tengo yo. Accedí a que investigaran porque de algún modo hablarles de Cecilia fue sanador para mí. La trajo a mi vida de nuevo y me dio la oportunidad de que la conocieran un poco. Quizá debería haberles contado antes su historia, pero el dolor crea silencios que se convierten en muros.

—Por eso tenemos que rastrear ese diario, ma. Nos falta a las tres esa parte de la historia.

—Sí, pero no quiero que se contacten con la familia de él.

—Mamá...

—Dije que no. ♦

**Me miré** al espejo antes de salir. Los jeans me quedaban grandes, lo suficiente como para no destacar ni una mínima parte de mi cuerpo. Igual que el pulóver, con cuello alto, enorme, que me daba según Belén aspecto de bolsa de papa.

—¿Por qué ahora te vestís así? —me había preguntado varias veces—. ¿Milo critica la ropa que te ponés?

Por supuesto lo negué.

—No seas tonta, Belu. Me siento más cómoda con esto.

No era verdad. No me sentía cómoda con eso ni con nada. Ni siquiera conmigo misma. Milo no me cuestionaba. Era yo la que leía en sus miradas, en sus comentarios e incluso en sus silencios algo que hacía que siempre pareciera fuera de lugar, equivocada, ridícula... Yo me esforzaba de mil maneras para recibir un elogio de él, un "te queda lindo" o "estás preciosa". No solo no lo lograba: con sutileza, siempre con ternura, él reprochaba cada actitud mía, todas mis acciones y más que nada mis ideas. Y me dejaba vacía, extraviada, sin encontrar un rumbo, con él como único horizonte posible. Es que Milo había pasado a convertirse en el referente de mi vida. Nada que me dijeran los demás ni mi familia, ni Lula ni mis compañeros de taller importaba. Solo la opinión de Milo, en la que yo trataba de verme reflejada. A veces sentía que estaba frente a esos espejos de los parques de diversiones que deforman las figuras y solo alcanzaba a ver mi imagen distorsionada.

—No me gustan los pantalones ajustados ni los vestidos cortos ni la ropa provocativa que están de moda. Vos no necesitás nada de eso para estar linda. Igual ponete lo que quieras.

Por supuesto no me ponía lo que quería porque ya no sabía lo que quería. Y lo que es peor: intentaba adivinar qué quería Milo. Porque necesitaba complacerlo o ser aprobada por él. Necesitaba descubrir en su cariñosa indiferencia o en sus ojos siempre críticos una señal de

que yo lo merecía, de que era digna de su amor. Jamás pasaba. Al contrario. Con el transcurso de las semanas, comprendí que no había modo de satisfacerlo. ♦

**Al salir** del gimnasio, Belén fue a la casa de Lula. Le había mandado un mensaje pidiéndole que se encontraran.

—Estoy preocupada por mi hermana.

Lula suspiró. Parecía enojada.

—Está tonta. No sé qué le pasa. Lo que hizo en mi cumpleaños me dio tanta rabia.

—Es por Milo —afirmó Belén—. Estoy segura de que él le llena la cabeza.

—Mmmm, no sé —dudó Lula—. Él me explicó que no pudo venir a mi cumple por un problema familiar y se redisculpó. Hasta me trajo un regalo. Es un dulce. Además, Marina es inteligente. No se dejaría dominar así nomás.

—Pero ¿no te da la impresión de que la trata mal, de que la humilla o algo?

Lula negó con la cabeza.

—Yo nunca noté nada. Él es un encanto; es ella la que cambió.

—Él no es un encanto. Es despectivo, hiriente, cruel incluso.

Lula le restó importancia.

—Hace chistes sobre Marina, sí. Pero son bromas. Nada importante.

—Las bromas no siempre son inocentes.

—¡Ay, Belén, no exageres! Marina no es una víctima. Y si Milo es tan malo con tu hermana y ella se queda con él, es su culpa.

Belén era una fiera.

—Yo no creo que sea así. Puede estar necesitando ayuda. Si la querés y sos su mejor amiga, te pido que estés atenta. ♦

**Para** Milo el taller de escritura había pasado a ser una... ¿qué palabra usaba? ¿Bazofia? ¿Esperpento? Creo que sí, aunque no me acuerdo porque eran palabras que jamás había escuchado. También lo llamaba de otras maneras despectivas y groseras. Inclusive llegó a comparar a nuestros compañeros con la Corte de los Milagros, de *El jorobado de Notre Dame*, libro que yo no había leído.

—Son una sarta de frustrados. Unos inútiles. Discapacitados intelectuales. No van a llegar nunca a ser escritores. No tienen talento. Mucho menos la actitud necesaria. Hay que cambiar de taller, Marina. Mónica se quedó en el tiempo y los demás son unos idiotas.

Pero seguía asistiendo hasta que encontrara otro mejor, decía él. Si había un espacio en el que me sentía

más vulnerable con Milo era en el taller. Por eso, cuando me sugirió que yo también lo abandonara, fue casi un alivio y estuve a punto de hacerlo.

—No estás para ese nivel. Deberías inscribirte en otro, para principiantes.

Le creí. Le creía todo. Él me amaba. Me lo aseguraba permanentemente. Me lo demostraba. Y yo ya no podía escribir. Cada palabra me sonaba estúpida. Cada verso, pobre, indigno, miserable.

En ningún otro lugar Milo se sentía tan superior a los demás. Y allí afilaba la humillación, su arma preferida, para lastimar. Y lastimarme. ♦

**Gabriela** se había sentido incómoda durante la cena con Milo. No sabía bien por qué. Esa noche le costó dormirse y cuando lo logró tuvo una pesadilla horrible. César le sacaba fotografías a Cecilia. Ninguna le gustaba y las rompía. Al final elegía una en la que Cecilia se veía hermosa. Entonces, con trazos gruesos y violentos, César le tachaba la boca, los ojos, las orejas, las manos, las piernas... Quería tacharle el corazón, pero el marcador se quedaba sin tinta. Entonces, furioso, arrastraba la foto de Cecilia por lugares espantosos, sórdidos y oscuros y la enterraba. Cecilia quería llamar a su hermana o huir. Pero poco quedaba de ella en la foto, mientras la tierra la cubría. De pronto, Gabriela apareció detrás

de la casa a orillas del lago en Bariloche. César arrancaba los tulipanes del jardín. En el cantero también estaba Cecilia, como una flor más. César se reía, mientras se acercaba con un bisturí y le cortaba uno por uno los pétalos. ♦

**El jueves** siguiente, Mónica nos dio la consigna de escribir un texto con predominio de...

—Pueden elegir que predominen las palabras que empiezan con “t”, o palabras de cuatro letras. O esdrújulas. U oraciones unimembres. O verbos —nos explicó.

—Como en el poema de Oliverio Girondo —acotó Facundo.

Milo lo interrumpió. Se puso de pie y empezó a recitar:

—*Se miran, se presienten, se desean,  
se acarician, se besan, se desnudan...*

Cuando terminó, recibió un aplauso que, en varios casos, no sonaba sincero.

—Pff. ¡Qué belleza de poema! —dijo Celeste fascinada.

—¡Y qué memoria! —lo elogió Clara.

Después de haber logrado el efecto que esperaba, Milo minimizó sus méritos.

—Es que lo leí tantas veces... ¿Te acordás, Marina, que te recomendé anteayer *Espantapájaros* de Girondo?

No me lo había recomendado. Ni ese ni ninguno de los autores o libros que citaba permanentemente para dejar en evidencia mi ignorancia. Pero asentí con la cabeza.

Sin embargo, esta vez la estrategia para avergonzarme en público no le dio resultado.

—Yo tampoco leí *Espantapájaros*. Solo conocía ese poema —confesó Facundo.

Levanté la vista y lo miré. No le creía. Facundo era un gran lector. Milo tampoco le creyó. Y no pudo evitar un gesto de fastidio.

—Bueno, la verdad, yo no lo tenía ni de nombre —afirmó Carla—. ¿Y vos, Fernando?

Uno por uno, como si se hubieran puesto de acuerdo, mis compañeros fueron negando conocer al poeta o su obra. Incluso Julio.

Y aunque eso debería haber alimentado la vanidad de Milo, lo descolocó. Se sentó con los brazos cruzados, no volvió a hablar en el resto del encuentro y se fue antes, sin siquiera despedirse de mí.

Facundo me alcanzó en la entrada.

—Esta vez voy a acompañarte hasta tu casa.

—No hace falta.

—Creo que sí.

Me puse muy nerviosa. Como si estuviera cometiendo un delito. O una traición. Tal vez Milo no se había ido y me esperaba en la esquina. Lo había hecho en algunas ocasiones “para sorprenderme” me decía, aunque

yo sentía que era para espiarme. No quería que me viera con Facundo.

—De verdad, gracias —dije, y me fui corriendo para que no me viera llorar. ♦

*Cambiar.*

*Llorarte y volverme lágrima.*

*Recorrer cuesta abajo el camino debido y saltar.*

*Disolverme y volverme parte del viento;*

*y soplar y recorrer los puntos cardinales llevándome tu perfume.*

*Y explotar en algún abrazo ajeno.*

*Y desintegrarme y volver a empezar,*

*sin futuro y sin pasado,*

*sin preguntas, sin razones.*

*Ser nube, navegando el cielo;*

*líquida, lloviendo y volviendo a caer.*

*Andar y desandar los ríos del alma*

*hasta que suspirar no te implique.*

*Susurrar sin intuirte,*

*cerrar los ojos y no adivinarte. ♦*

**Belén** entró en mi habitación sin golpear la puerta que yo había cerrado. Por eso me descubrió llorando.

—¿Qué te pasa?

No quería contarle y me sequé las lágrimas con la palma de la mano.

—Creo que me llevo Historia —mentí.

Belén se sentó a mi lado. Sabía perfectamente que no era verdad.

—En serio. Contame. ¿Es Milo, no?

En ese momento sonó mi celular. Era el tono de llamada de Lula. No contesté. Hacía varias semanas que la esquivaba en el colegio y que no respondía sus mensajes. Lula me había reprochado mi actitud en su cumpleaños y me había dicho que desde que salía con Milo era otra persona. Me había ofendido y peleamos.

La pregunta de Belén me fastidió.

—¿Por qué todos se la agarran con Milo? A ver si entendés: lo amo y me ama.

—¿Seguro? Cada vez que te encontrás con él volvés con una cara... O llorando. O angustiada. Y no comés. Quizá los demás no se den cuenta. Pero yo te conozco. Milo no te hace feliz.

—¡No te metas! —le grité—. Claro que me hace feliz. Es que yo... soy yo...

—¿Vos qué?

—Soy yo la equivocada. Él es muy maduro, muy especial y...

—Es un idiota —sentenció Belén.

—Basta. No digas más eso —le contesté furiosa—. Andate de mi habitación. Quiero estar sola.

El teléfono volvió a sonar. No hacía falta que leyera el nombre en la pantalla. Era Lula. Le corté y bloqueé el número.

Belén se puso de pie y respondió:

—No importa lo que me digas ni lo que hagas. Nunca te voy a dejar sola. ♦

**Se sorprendió** cuando Belén le contó que había averiguado el apellido de César.

—¿Cómo? ¿Te lo dijeron Claudia y Fernando?

—Lo intenté. Pero mamá se me adelantó y les pidió que no nos dieran ese dato.

—¿Y entonces?

Belén suspiró y sonrió con picardía.

—El profe de Historia me ayudó. Solo tuve que darle el año en que murió Cecilia y preguntarle qué familia de Corrientes estaba relacionada con la política en aquella época. Ni dudó. Sabe muchísimo. Estuvo más de una hora hablando de ellos. Y lo que no me contó lo averigüé por internet. Tenemos que ir a verlos.

Marina no estaba segura.

—Mamá nos prohibió acercarnos a ellos. Y Milo...

Belén la interrumpió, enojada.

—¿Milo qué? ¿No le habrás contado lo de Cecilia?

—Bueno... sí... No tiene nada de malo. Es mi novio.

Belén miró hacia el techo y suspiró.

—¿Y qué opinó el genio de Milo al respecto? Dejame adivinar: que no vale la pena seguir investigando. ¿No? Que no busquemos el diario, que nos olvidemos de la tía...

Marina se sentía acorralada. Sin embargo, se puso a la defensiva.

—Solo me dio a entender que era mejor dejar las cosas como están. Me dijo que no íbamos a cambiar nada. Y que coincide con mamá en que puede ser peligroso. Lo hace porque me quiere. Me protege. Nos protege.

—Yo no necesito su protección. Y vos tampoco. ¿No ves que te manipula?

—Ya sé que no te cae bien. Pero él me está ayudando a superar mi inseguridad.

Belén se rio.

—¿Ayudando a superar tu inseguridad? Es al revés. Estás cada vez más insegura. Mirate. Flaca como nunca, vestida como una carpa de circo, peleada con tu mejor amiga, sin escribir ni un verso...

—Eso no tiene nada que ver. Soy la misma. Solo que me gustaría ser perfecta para él. Y lo estoy intentando.

—Nadie es perfecto. No seas ridícula.

Marina se puso de pie y se alejó de su hermana.

—No quiero pelear con vos. Pero tampoco voy a aceptar que critiques a Milo.

Belén tenía los ojos llenos de lágrimas por la rabia. Antes de que Marina saliera del cuarto le advirtió:

—Tengo el apellido de la familia de él y una dirección en Buenos Aires. Si no me acompañás, voy a ir sola. ♦

**Después** de ese jueves en que se fue del taller molesto, Milo hizo una de sus frecuentes desapariciones. Faltó al colegio el viernes y no me atendió las llamadas ni respondió mis mensajes. Traté de entender qué había hecho mal. Porque debía ser algo que yo había hecho lo que le había molestado tanto. Tal vez me había visto hablando con Facundo en la puerta. Habían sido solo unos segundos, pero...

—Milo, por favor, hablame —le suplicaba.

Su silencio me hería tanto... No lo toleraba. Prefería que discutiéramos como al principio, cuando no me daba miedo que me abandonara. Prefería que me gritara. Prefería su furia. Cualquier cosa, antes que ese silencio. Porque el silencio me lastimaba más que un insulto o que una humillación. Me ahuecaba el alma. Me perforaba. Pero no servían de nada mis reclamos, mi llanto, mi desesperación. Milo levantaba un muro alrededor de él y me dejaba afuera, despedazándome. Nunca explicaba por qué lo hacía, aunque daba a entender que era por mi bien, que así no volvería a equivocarme, que necesitaba ese espacio para no pelear conmigo... Y yo lo aceptaba sumisa. O peor: le daba la razón.

Cuando reapareció el lunes, corrí a abrazarlo. Él me sonrió como si nada hubiera sucedido y me acarició el pelo largo que yo llevaba atado con una hebilla. Me lo soltó y lo peinó con sus dedos. Sabía que me lo cuidaba muchísimo. Era algo que me encantaba de mí. Mi cabellera larga y con bucles. Milo nunca me había dicho que le gustaba, aunque creí adivinarlo en ese gesto tan inusual y afectuoso. No quise preguntar ni hablar. Era un momento ideal, único, y deseaba que el tiempo se detuviera allí, que nada modificara ese amor que él me demostraba, que el vacío que sentía cuando no estábamos juntos se llenara con su presencia y me completara. Fue casi mágico. Duró unos instantes, hasta que me susurró al oído:

—¿Nunca pensaste en cortarte el pelo? Te quedaría mejor. ♦

#### ESTREMECERSE

(Del lat. *ex-* y *tremiscere*, comenzar a temblar).

1. tr. Hacer temblar algo. El ruido del cañonazo estremeció las casas.
2. tr. Ocasionar alteración o sobresalto en el ánimo de alguien.
3. prnl. Temblar con movimiento agitado y repentino.
4. prnl. Sentir una repentina sacudida nerviosa o sobresalto en el ánimo.

Por completo o solo un poco.

Entre-ver-te-entre-los-dedos y saber que puede estre-mecer-me.

¿Será que existe una simetría entre la alegría más grande y el dolor más profundo?

Te/Me mostrarás tal cual sos y no es suficiente, no alcanza, no-im-por-t-a.

Nada.

Nada importa.

Nada importa más que este instante, este infinito instante intranquilo en el que no te abrazo, en el que no te pienso, en el que no me importás.

Tiemblo, porque se desata una tormenta de hielo y nieve dentro de mí, porque se/me consume el calor, porque no (me) queda aire para respirar.

Tiembla.

Todo tiembla.

Todo tiembla dentro de mí y afuera, una quietud inmóvil, estática, me envuelve, me rodea, me penetra y me asfixia.

Todo.

Quiero que todo tiemble.

Quiero que todo se estremezca de la misma forma que yo.

Quiero que se sobresalte el mundo, que se rompa todo en mil pedazos, o mejor en un millón.

Quiero que después de hoy no exista nada.

Quiero que después de vos no exista nada.

Quiero que nada vuelva a ser lo mismo. Nunca más, ni para mí ni para nadie.

¿Qué veo si te veo?

¿Qué ves cuando estás parado en el borde del precipicio, en la punta del trampolín y te catapultás hacia el vacío?

¿Qué pasa por tu mente?

¿Me extrañas en ese momento? ¿Te acordás de todo lo que hubiéramos podido ser/hacer antes de que nos mataras?

Nunca.

Siempre.

O quizá solo algunas veces.

Piensa. Siente. Duerme. Sueña. Vive. Late. Respiro.

Y sigue latiendo.

¿Sigue latiendo?

No logro distinguir un repique, un retumbar. Hay un eco, eso sí, una reminiscencia, un recuerdo vago e impreciso, algo semejante, casi idéntico, a lo que alguna vez sentí.

Ya no late.

Ya no importa. ♦

**Belén** se cruzó con Milo cuando salía del ascensor.

—Hola, cuñadita —la saludó e intentó darle un beso.

Belén lo esquivó.

—Conmigo no funcionan tus trucos —le contestó—.

No te hagas el simpático.

Milo sonrió y la arrinconó contra la pared. Un segundo. Suficiente para que Belén sintiera su poder. La soltó enseguida.

—Lamento no caerte bien. Pero nadie va a separarme de Marina. Ni siquiera una hermana caprichosa. La amo.

Belén se mordió los labios y se fue, mientras Milo tocaba el timbre. Marina le abrió. Él la abrazó fuerte, cariñoso.

—Ya casi estoy lista —le dijo ella—. Traigo la campe-  
ra y...

Milo la interrumpió.

—Me crucé con tu hermana. Me quedé preocupado. ¿Sigues con eso de contactar a los familiares del tipo que estaba con tu tía y conseguir el diario?

—Sí. Al final acepté acompañarla. Ya sé que me aconsejaste que no, pero Belén pensaba ir sola y no quiero. De todos modos no sé cómo impedirlo.

Milo le dio un largo beso y le sonrió.

—Yo sí. ♦

**Milo** se enojó cuando le dije que yo quería seguir asistiendo al taller.

—¿No te entra en la cabeza que en ese espacio no vas a crecer? No sabés, no leíste y continuar con ese grupo de cuarta te vuelve más chata.

Sus palabras dolían. Tragué saliva.

—Ya sé que me falta mucho.

—Muchísimo.

—Pero me siento cómoda con ellos. Mónica, el grupo...

—Y Facundo, por supuesto.

—Milo, nada que ver. Facundo no me interesa. Ni siquiera somos amigos.

—Sos demasiado ingenua. Te mira con una cara... Además lo que pasó la última vez me deja claro que me desafia.

—A lo mejor no había leído ese libro de Gironde de verdad.

Milo pateó el suelo.

—Imposible. Creeme. Solo un bruto no conoce a Gironde.

“Yo no lo conocía”, pensé.

Traté de calmarlo. No hubo forma.

—Facundo puso al grupo en mi contra. Que vos no sepas nada de literatura es una cosa, pero él...

Me rendí. Cada vez me rendía más rápido para evitar su enojo.

—Está bien. Dejemos el taller. Pero al menos vamos a despedirnos.

No fue, aunque me había prometido a regañadientes que sí, que no iba a dejarme sola enfrentando esa situación incómoda. Me sentí desamparada en el centro cultural junto a su silla vacía. No sabía qué hacer. ¿Lo esperaba por si llegaba tarde? ¿Les avisaba que Milo y yo íbamos a abandonar el grupo antes de empezar el encuentro? ¿Me quedaba hasta el final? Dudé tanto que mis compañeros comenzaron a leer las producciones que habían escrito con la consigna “predominio de...”. La de Carla quedó genial. La aplaudimos. La de Fernando era desopilante. Nos reímos tanto al escucharlo. Me asombró lo que escribió Clara y Julio me deslumbró con su “Texto triste”.

Yo, por supuesto, no había escrito nada. Había intentado varias cosas, pero a Milo le habían parecido demasiado tontas. Me disculpé cuando me tocó el turno.

—No te preocupes, Marina —me tranquilizó Mónica—. Esto no es el colegio. No hay que cumplir con las tareas.

—Tal vez tengas que bajar la autoexigencia —me aconsejó Julio—. Eso paraliza.

—Tal vez la exigencia no es de ella —agregó Facundo. Lo miré. Se hizo un silencio incómodo.

—Milo no tiene nada que ver —lo defendí—. Yo estoy vacía, no tengo nada para decir.

—No es cierto. Tus textos eran prometedores, ricos, mejorables quizá, pero con mucho potencial —aseguró Mónica—. Solamente tenés que hallar tu propia voz.

Los demás estuvieron de acuerdo.

Cuando el horario del taller terminó, yo no había encontrado el coraje para avisarles que Milo y yo dejaríamos el grupo.

Salí apurada a la calle. Facundo me alcanzó.

—Este sábado hay otro slam de poesía —me comentó—. Vamos todos, incluso Mónica.

Sabía que Milo no iba a querer. Y se iba a enojar.

—Este sábado no puedo —mentí.

Facundo se paró delante de mí.

—No somos amigos ni nos conocemos demasiado, pero creo que te haría muy bien ir. Escuchar otras voces con textos incluso imperfectos. Eso te liberaría para escribir.

—Gracias, pero de verdad no puedo, ya te expliqué —le contesté mientras me alejaba.

Ya había dado varios pasos cuando lo escuché.

—No dejes que otros piensen ni decidan por vos. ♦

**Belén** estaba furiosa con su hermana. Marina le había contado a su mamá lo que había averiguado y su plan para ir sola a buscar el diario de Cecilia. Milo la había convencido de que esa era la única manera de frenarla.

—Si tu mamá y tu papá creen que es peligroso, tenés que decírselo. No la acompañes ni la encubras. Es por el bien de Belén.

Gabriela se enojó mucho y discutió con su hija menor.

—Hablé con tu padre y estamos ambos de acuerdo. Te prohibimos que sigas adelante con esto...

—Mamá...

—Basta, Belén. No vas a ir.

Marina escuchaba las protestas de su hermana a través de la puerta cerrada de su habitación. Pero Gabriela no cedió. Media hora después Belén salió con los ojos rojos de tanto llorar. Se acercó a Marina con la voz quebrada.

—¿Por qué me delataste? —le reprochó—. ¿Qué te pasa? ¿Quién sos? No te reconozco... ¿O fue idea de tu noviecito?

Marina quiso explicarle, pero no encontró palabras en las que no mencionara a Milo.

Belén se secó las lágrimas y en un tono temerario le advirtió:

—A mí no me van a ganar. ♦

**Marina** recordó la foto de Cecilia que estaba en la biblioteca. La foto del día en que le entregaron el diploma de médica. La recordó mientras la tijera trabajaba

sin piedad. Apenas hacía ruido mientras cortaba los mechones que caían como lágrimas negras sobre el suelo de cerámica. Recordó también la carta que había escrito su tía. Novedad: me corté el pelo, bien cortito. Fue en la peluquería del barco que nos cruzó de Estocolmo a Helsinki. Digamos que no es una peluquería muy práctica. Tendré que buscarme otra cuando quiera cortarme nuevamente.

Recordó además los trazos gruesos de él, invadiendo la escritura armoniosa de Cecilia con violencia.

**CORRIJO: ES UNA PELUQUERÍA MUY PRÁCTICA.**

**QUEDA TREMENDAMENTE A TRASMANO NADA MÁS...**

Los mechones se acumulaban en el suelo. Marina había llevado la foto de su tía en su casa de Bariloche, frente a los tulipanes.

—Así me gustaría —le indicó a la peluquera y se la mostró.

—¿Tan cortito? —se extrañó la mujer.

No quiso mirarse en el espejo cuando la tijera terminó su trabajo. Pagó y salió a la calle. Una ráfaga fría la hizo estremecer al colarse por la nuca ahora desnuda. Se subió el cuello del pulóver para olvidarse de su pelo largo y de los mechones que caían y de su tía y de los tulipanes. Y fue a buscar a Milo. ♦

## Quinta parte Cadáver exquisito

*Tú escarbas mientras tanto en mis entrañas tu cueva de raposa,  
me desplazas y ocupas mi lugar en este vertiginoso laberinto.*

Olga Orozco

**Gabriela** llegó de trabajar y encontró a Marina hundida en el sillón, la mirada perdida, abrazándose las piernas. Cuando vio la cabeza rapada, sintió una punzada en el estómago. Ya le había preocupado lo delgada que estaba, lo poco que comía, las noches que la encontraba errando como un fantasma por la casa...

—Hija, ¿qué hiciste?

—Me corté el pelo.

—Eso me queda claro. Pero hay algo más. ¿Qué te pasa?

—Estoy cansada, mamá.

—¿Seguro?

Marina afirmó con la cabeza. Gabriela dejó las carpetas sobre la mesa y se sentó a su lado.

—¿Sabés que podés contarme cualquier cosa que te angustie o te preocupe, lo que sea?

—Sí.

—¿Y sabés que podés confiar en mí, porque siempre voy a estar a tu lado y te voy a apoyar?

—Sí, mamá.

—Entonces, ¿me decís qué te pasa?

Marina sacó el celular de su bolsillo.

—Espero una llamada de Milo. ♦

**Le pedí** a Milo que, al menos, termináramos el semestre completo del taller. Algo dentro de mí se resistía a abandonar ese espacio, aunque hacía mucho que no podía escribir nada. Sin embargo, por algún motivo que no podía explicar, para mí era como un hilo que me sostenía e impedía que cayera al vacío. Un hilo delgado, sí. El único que de algún modo todavía me sujetaba.

Finalmente fuimos un jueves, después de haber faltado dos veces. El grupo nos recibió con alegría.

—¡Los extrañábamos! —exclamó Clara, mientras me abrazaba.

—Nosotros también —mintió Milo.

—¡Qué bueno que hayan venido hoy que vamos a hacer un cadáver exquisito! —comentó Mónica.

El nombre me causó escalofríos.

—¿Cadáver exquisito? —repetí.

Milo por supuesto se lució.

—Es un juego. El nombre viene del francés, *cadavre exquis*. Es una técnica que crearon los surrealistas en 1925, si no me equivoco.

—No te equivocás —le respondió Mónica—. Robert Desnos, Paul Éluard, André Bretón y Tristan Tzara fueron algunos de los que la emplearon y teorizaron sobre ella. Pero no quiero aburrirlos, sino que juguemos con las palabras. Cada uno por turno escribirá en una hoja. Después va a doblarla, para cubrir así la primera parte de la escritura, y se la va a pasar al siguiente compañero que solo puede leer el final de lo que escribió el anterior y debe continuar el texto.

—¿Y ese nombre? Cadáver exquisito —quise saber, porque me había impresionado—. ¿Qué tiene que ver con la técnica?

Milo se preparaba para responder, pero Facundo le ganó de mano.

—El nombre surgió de una frase que escribió alguien cuando jugaron por primera vez en francés: "*Le cadavre exquis boira le vin nouveau*", que significa "El cadáver exquisito beberá el vino nuevo". Pero Pablo Neruda y Federico García Lorca los llamaron *poemas al alimón* y Nicanor Parra y Vicente Huidobro, *quebrantahuesos*.

Mientras Facundo hablaba, Milo se fue transfigurando. Apenas podía disimular el enojo que cada palabra de nuestro compañero le provocaba. Por suerte, Mónica sacó una hoja y dio las últimas instrucciones.

—Jueguen, déjense llevar, sigan su intuición, no su razón. Y en lo posible, que la escritura sea automática y no elaborada.

Empezó Milo. Fue rápido. Enseguida plegó la hoja y se la pasó a Celeste. Ella leyó la última frase de Milo y agregó la suya. Así se fue formando un acordeón de papel que pasaba de mano en mano. Yo era la última. Cuando llegó mi turno, leí lo que había escrito Facundo:

*A veces reconozco entre las sombras  
un destello fugaz de miradas antiguas.*

Me quedé en blanco. No encontraba palabras. Nada. Ni una sola. Me puse nerviosa porque ninguno había demorado tanto. Levanté la vista con desesperación y me encontré con la mirada de mis compañeros. Pero sobre todo con la de Milo, crítica, reprobadora. Su ironía fue brutal.

—Estamos envejeciendo mientras te esperamos.

Entregué el papel.

—No puedo escribir nada. ♦

**Gabriela** abrió la caja. Miró una por una las fotos de su hermana. Cerró los ojos y trató de recordar la voz de Cecilia y el sonido de su risa. Eso era lo primero que se le había ido desdibujando de la memoria. Por más que se esforzara, lo había olvidado. En cambio, no le hacía falta ver las fotografías para evocar su rostro, su mirada profunda, su inmensa sonrisa.

—Necesito tu ayuda, hermanita —le susurró—. Necesito que me digas qué hacer.

Mientras las acomodaba otra vez en la caja, una de las fotos se deslizó al suelo. Gabriela la levantó y miró la casa de Bariloche junto al lago. Vio el cabello cortísimo de Cecilia. Observó los tulipanes. Y se detuvo en los ojos negros de su hermana. Entonces se dio cuenta. Y supo la verdad.

—Gracias —murmuró y besó la foto antes de apoyarla sobre su mesa de luz. ♦

## Lo buscó en el recreo.

—¿Vos sos Facundo, no? Me llamo Belén y soy la hermana de Marina.

—Hola. ¿Qué tal?

—Quería hablarte. Pero no acá. Prefiero que no nos vean juntos ni ella ni Milo. ¿Podemos encontrarnos para tomar algo y charlar hoy a la tarde? No sé. En algún bar.

—Dale. Hay uno en la esquina del centro cultural.

—Mejor más lejos. Frente al parque en la avenida hay otro. Al lado de un gimnasio.

—Sí, sí, lo conozco.

—Nos vemos entonces ahí a las cinco. ♦

**Cuando** llegamos al lugar donde se realizaba el slam de poesía, comprendí que mi hermana me había tendido una trampa. Y que sus cómplices habían sido mis compañeros del taller. Tal vez Carla y Fernando. Facundo, seguro. Lo descubrí por la forma en que sonrieron al saludarse.

—¡Qué bueno que viniste! —se alegró Mónica, mientras me abrazaba.

—Te va a encantar —me aseguró Clara.

Todos parecían contentos de verme. Y me cedieron un lugar en el centro del grupo, donde se habían sentado. Quise enojarme con Belén, que había inventado una excusa para obligarme a acompañarla. Pero ella se aseguró de ubicarse a suficiente distancia para evitar mis reproches.

El slam se organizaba en un salón ubicado en la parte trasera de una librería antigua. No tenía aspecto de antro, como había descripto Milo. Había gente de todas las edades, pero sobre todo jóvenes y adolescentes, lo que me llamó la atención. Alguien anotaba en una lista los nombres de los que querían participar. A los demás nos dieron unos cartelitos con números para que actuáramos como jurados. Las reglas eran simples. Tres minutos de tiempo para cada poeta. El público decidía el puntaje y elegía al ganador.

—Te queda hermoso el pelo corto —me elogió Fernando.

—No todos opinan lo mismo —contesté mientras recordaba las burlas de Milo.

“Oveja esquilada” era lo más suave que me había dicho. Cuando me ofendí, me gritó que ya estaba harto de mis lloriqueos infantiles, que no sabía aceptar un chiste, que nunca me había pedido que me hiciera esa barbaridad en la cabeza... Dejó de hablarme por tres días. Fue entonces cuando fui al baño, busqué una maquinilla de afeitar y dejé que devorara lo poco que quedaba de mis rulos. ♦

Conozco su paciencia,  
esa infinita forma  
de estar siempre presente.  
detrás de los postigos,  
detrás de las paredes presentidas.

Su océano de nieblas y lamentos  
y sus huesos de hiedra  
amenazan tenaces  
y resuena su voz jamás oída  
o apenas vislumbrada  
entre las primaveras.

Es inútil que le pida una tregua.

Como la flecha ciega  
que viaja a su destino inexorable,  
ella muerde los días  
con el hambre voraz de las mudanzas.

Su borrosa silueta  
deambula por la noche interminable  
como un ave de presa y de cenizas  
sin detenerse nunca.

Imagino que sufre  
el húmedo suplicio de las piedras  
que aman el rocío,  
pero nunca lo sienten.

Imagino que añora  
la caricia del sol o de las nubes  
cuando en las ramas cuelgan los sabores  
que estrenan las mañanas.

Pero sé que es mentira.

Ella tiene las llaves  
para cerrar el alma  
y en la arena inefable  
va dejando su rastro de fatigas  
que nadie reconoce.

Es inútil que intente escabullirme  
de sus ojos de invierno.  
Ella sabe mi nombre de memoria. ♦

**Gabriela** sintió que las piezas en el rompecabezas de la historia de Cecilia encajaban por primera vez. Al fin los detalles de la relación entre su hermana y César empezaban a tener un sentido que ella había intuitido, pero que ahora comprendía. La imagen de Marina, con el pelo rapado, la había desesperado. Y se dio cuenta de que necesitaba una aliada: Belén.

—¿Cómo es posible que una mujer acepte semejante maltrato? —preguntó Belén cuando su mamá le contó lo que había logrado recordar de la relación entre Cecilia y César.

—El maltrato puede ser sutil. Si no hay golpes ni heridas a la vista... Es como una paliza que no deja moretones.

—¿Por qué ella no lo abandonaba? Me dijiste que era tan inteligente... —quiso saber Belén.

—La inteligencia no tiene que ver con el corazón. Cecilia era una víctima. Siempre lo fue. Ahora recuerdo lo que me molestaba de él. La corregía. Permanentemente. Le señalaba cada error. Se burlaba de ella. Y era irónico. Pero lo hacía con un tono que no demostraba agresión, sino superioridad y hasta ternura. Eso era lo peor.

—Y los que la rodeaban, ¿no lo notaban?

—Hubo indicios... Las primeras señales fueron imperceptibles. Tan sutiles, tan inofensivas que nadie podía imaginar que llegarían a ser letales. Estaban, sin embargo, ahí, a la vista de todo el mundo, enredadas en gestos cotidianos que pasaban inadvertidos, en bromas aparentemente inofensivas, en comentarios dichos al pasar, en ironías, en desprecios, en descalificaciones... Cuando las recuerdo, no me perdono por no haber reaccionado a tiempo y me culpo por no haber podido salvarla. Con eso le fue robando cada rincón de su existencia, la fue apagando, la volvió una sombra de lo que alguna vez fue Cecilia. La dejó sin pensamientos propios y sin voluntad de luchar. Minó su autoestima hasta que ella ya no quiso vivir. Esa fue su intención desde el principio: opacar a Cecilia en todo, anularla, hacerla desaparecer, no dejarla sobresalir en nada que ella hiciera, aislarla... para así destacarse él y disimular su mediocridad. De ese modo patológico su imagen crecía. Con ese mecanismo perverso la dominaba. No lo noté entonces. Pero el otro día, cuando vi a Marina con la cabeza rapada y conocí a Milo...

—¿Qué? —se alarmó Belén.

Gabriela respiró profundo.

—Traé la dirección que conseguiste por internet —le pidió.

—¿La de la familia de...?

—Marina nos necesita. Y creo que, para ayudarla, tenemos que recuperar ese cuaderno. ♦

**El primero** en subir a una suerte de estrado o escenario fue un chico pecoso de unos catorce, quince años. No más. Tenía aspecto de tímido. Sin embargo, se mostró seguro en el momento en que empezó a recitar. Bueno, "recitar" es una forma de decir. Porque ahí había más que una simple repetición de palabras. Había una soltura envidiable. No me convencía demasiado el poema, pero pronunciaba los versos con tanta convicción, le ponía tanta garra a cada palabra que logró un buen puntaje.

Lo siguió una chica rubia. Fue espectacular. Me quedé embobada oyendo su texto impecable, lleno de imágenes y metáforas, aunque lo que me cautivó fue su presencia escénica y su voz poderosa que arrancó aplausos, además de un par de dieces.

Al muchacho que le tocó después se lo notaba nervioso. Sin embargo, desplegó su arte con un poema que tenía un ritmo tradicional y un tono casi épico.

Hubo de todo. Algunos se acercaban más al rap o al hip hop tanto con sus textos como por la forma de presentarlos. Otros eran histriónicos y usaban recursos actorales y me recordaban al *stand up*. También hubo variedad en los temas. Lo innegable eran la calidad y la excelente interpretación. Porque allí había emoción desbordada, había energía, había poesía en carne viva... Una poesía que no agonizaba en un papel.

—¿No vas a participar? —le pregunté a Carla.

—¿Y vos?

—No tengo nada escrito que valga la pena.

—Eso no es cierto.

—Igual jamás podría pararme delante de esta gente a recitar así.

Julio, en cambio, se animó. Le fue muy bien con su "Texto triste", que había escrito en nuestro taller con predominio de palabras que empezaban con "t".

La tarde se pasó volando. Cuando me di cuenta, el slam había terminado. El nivel era muy bueno en general, aunque dos o tres poetas se destacaron más que los demás. Al final ganó la chica rubia.

—¿Lo pasaste bien? —me preguntó Mónica cuando ya comenzaba a dispersarse la gente y mis compañeros y yo nos despedíamos.

—Genial —contesté.

—Al fin te veo sonreír con ganas —me dijo Clara—. Estás tan caiducha últimamente.

—La próxima vez espero que alguien más se atreva a participar —nos alentó Mónica—. Julio estuvo magnífico.

Iba a contestar que yo estaba a años luz de subir a ese estrado. Me callé. Porque en la puerta vi a Milo. ♦

**La casa** quedaba en una de las zonas más caras de la ciudad. Era antigua, con un parque importante

que la rodeaba y una arboleda centenaria que la ocultaba de la calle y de los curiosos.

Belén había propuesto que se presentaran sin avisar. Su mamá no estuvo de acuerdo.

—Con esta gente no se juega, hija.

Por eso llamó un par de veces y dejó mensajes a una empleada para la madre de César y para su hermana, Alicia.

Pasaron días sin obtener respuesta. Belén empezaba a perder las esperanzas. Sin embargo, las llamó una asistente (así se presentó) y las citó en la casa ese viernes a las cinco.

Antonio organizó las actividades en el estudio donde trabajaban con su exesposa para acompañarlas.

—Ni sueñen con que voy a dejarlas ir solas.

Gabriela aceptó, aunque insistió en que no entrara.

—Esperanos en el auto. No quiero que se pongan a la defensiva. No te conocen.

Les abrió una mucama con uniforme immaculado. Ya habían pasado por un estricto control a través del circuito de cámaras de vigilancia.

La mucama las hizo atravesar un recibidor y las guio hasta un escritorio.

—Enseguida viene la señora.

Belén se sentó en uno de los sillones. Gabriela estaba demasiado nerviosa y permaneció de pie.

Unos minutos más tarde apareció una mujer de unos sesenta años. Muy elegante.

—No podía creerlo cuando mi asistente me dijo que había llamado la hermana de Cecilia. Al principio pensé que era una broma de mal gusto. ¿Cómo estás, Gabriela?

Se saludaron con cierta frialdad.

—Bien. Ella es Belén, mi hija menor.

—Mucho gusto.

—¿Les ofrezco algo para tomar? ¿Té, café, agua...?

—Nada. Gracias.

La mujer se sentó sobre el escritorio. Era un claro gesto de que no tenía intención de dedicarles demasiado tiempo.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarlas. Porque no imagino un motivo para que estén acá después de tantos años.

Belén notó que su mamá se sentía incómoda con la situación. Tomó la iniciativa.

—Mi hermana Marina y yo quisimos conocer la historia de Cecilia. Nosotras ni siquiera habíamos nacido cuando murió. Supimos que la tía escribía; creemos que era un diario y pensamos que tal vez su hermano... lo había conservado. Nos gustaría recuperarlo...

Alicia la interrumpió. Fue tajante.

—César murió.

—Sí, nos enteramos hace poco —agregó Gabriela.

Era esperable que dijera que lo sentía y que le diera sus condolencias. No lo hizo. Alicia endureció el tono y la mirada.

—Mamá sufrió mucho con su muerte.

Gabriela recuperó la entereza y le contestó:

—Nosotros también sufrimos mucho cuando Cecilia murió —hizo una pausa—. Más aún al saber que podría haberse evitado.

Belén se mordió el labio. Se dio cuenta por la cara de Alicia de que por ese camino no iban a conseguir lo que pretendían. Pero tampoco podía impedir que su mamá descargara su bronca y su tristeza.

—No recuerdo ningún diario ni nada —dijo por fin Alicia—. Puedo fijarme, aunque seguramente no lo tendremos.

—Es importante —insistió Belén.

—¿Un diario? —se burló la otra.

Belén se preguntó cuánto se parecerían César y ella y tuvo que contenerse esta vez, para no insultarla.

—¿Podría buscarlo, al menos? Solo pedimos eso.

Alicia se fastidió y dio claras señales de que consideraba concluida la reunión.

—Por supuesto. Lo voy a hacer encantada —aceptó con un tono irónico que sublevó a Gabriela.

—Tu hermano... —le gritó.

—¿Mi hermano qué? —la desafió la otra.

Belén las detuvo.

—Que seguramente lo guardó. Le agradeceremos mucho que, si lo encuentra, nos lo dé. Es importante para Marina y para mí.

Alicia la miró con cierto desprecio.

—Por supuesto. Le voy a decir a mi asistente que revise, aunque estoy segura de que no quedó nada de Cecilia en esta casa. Y ahora, si me disculpan, tengo otra reunión. La mucama va a acompañarlas. Fue un gusto.

Se fue taconeando con pasos rápidos, molestos. De inmediato apareció la empleada y les señaló el camino hacia la puerta. Pero al dejar el despacho, en el recibidor, encontraron a una anciana en una silla de ruedas, con una manta a cuadros cubriéndole las piernas. A Gabriela le costó reconocerla. La había visto solo una vez. Y el tiempo parecía haberse ensañado con ella. Era la madre de César. Les hizo un ademán de que se acercaran, aunque la mucama intentó detenerla.

—La señora Alicia me ordenó que acompañara a estas personas a la salida. No creo que esté de acuerdo en que hable con ellas sin su autorización.

La anciana la miró con cansancio, pero con autoridad.

—Todavía puedo decidir ciertas cosas —le contestó con una voz firme—. Andate, por favor.

La empleada dudó, aunque al final se retiró.

—Le va a ir con el chisme a mi hija —murmuró—. En unos minutos Alicia va a venir a retarme. ¡Qué extraña la vida! En un momento los hijos empiezan a retar a los

padres. Igual no me importa. Para mí la vida terminó hace tiempo. No es justo tampoco que una madre tenga que enterrar a un hijo.

La anciana levantó la manta que cubría sus piernas y sacó un cuaderno. Gabriela y Belén se miraron y se dieron la mano, emocionadas.

—Cecilia era una buena chica. Yo... lamento tanto lo que pasó... —extendió el cuaderno hacia Belén—. De verdad lo lamento. Leí muchas veces estas páginas tratando de saber por qué. Pero es hora de que lo tengan ustedes. Quizás entiendan lo que yo no pude entender, aunque ya sea tarde.

Gabriela la abrazó. Ya se oían los pasos de Alicia cuando le respondió:

—Gracias. No es tarde.

Salieron. Cruzaron el parque y encontraron en la vereda a Antonio que, impaciente, no había podido esperarlas en el auto.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Gabriela no contestó. Lloraba abrazada a Belén, que apretaba bien fuerte el cuaderno contra su pecho. ♦

**Intenté** explicarle. Milo no escuchaba razones. Jamás lo había visto tan enojado.

—Es que Belén me mintió. Se puso de acuerdo con los chicos del taller.

—Querrás decir con Facundo.  
 —No sé con quién. Todos sabían.  
 —No mientas más, Marina.  
 —No te miento, amor. Yo no quería ir.  
 —Pero fuiste. Y ni siquiera me avisaste cuando estabas ahí para que supiera.  
 —No se me ocurrió.  
 —Sí, se te ocurrió. Pero querías ir a esa porquería de slam y estar con Facundo.  
 —No es así.  
 —Te dije que era un antro, que son unos perdedores, que Facundo compite conmigo, que quiere transarte...  
 —Milo, no es así. A mí no me interesa Facundo. Yo te amo.  
 —¿Y por qué no me hacés caso, entonces? ¿Por qué me mentís?  
 —No te miento. Iba a contártelo después.  
 —No te creo. Y yo sospechaba. Por eso fui. Había visto el folleto en tu libro y estaba seguro de que ibas a engañarme.  
 —No te engañé. Solo fui porque Belén...  
 —Claro, tu hermana. Siempre tu hermana. Lo que quiere es llenarte la cabeza y separarnos. ¿No te das cuenta?  
 Milo cambió el tono. Me abrazó.  
 —Solo pretendo lo mejor para vos. Me desespera que no me hagás caso.  
 —Pero te hago caso.

Me soltó bruscamente y cambió otra vez el tono.  
 —No, les hacés caso a todos excepto a mí que soy el único que trata de que aprendas, de que mejores, de... Es inútil. No puedo seguir con alguien que no valora mi amor.  
 —Milo, no digas eso, por favor.  
 —Estoy hartos. De verdad, hartos. Hice todo lo que pude. No quiero verte nunca más.  
 —Milo, te lo pido por favor, no me dejes. Te juro que no voy más a un slam ni al taller. Hago lo que me pidas, pero no me dejes, por favor. Me muero sin vos. No soy nada si no estás conmigo.  
 Milo me acarició la mejilla. Sonrió y se fue después de decirme:  
 —Lo hubieras pensado antes. ♦

**Gabriela** y Belén leyeron juntas el cuaderno de Cecilia. Gabriela se emocionó al ver la letra menuda y pareja que tanto conocía. Sin embargo, se sorprendió a medida que pasaban las páginas. Y es que en todas había poesías.

—No es un diario íntimo. No dice nada de lo que le pasó en esa época. Yo esperaba que las palabras de Cecilia le sirvieran a Marina, que su historia la hiciera reaccionar... porque la veo mal y es por Milo. Ese vínculo le hace daño aunque ella no pueda darse cuenta.

—¿Las poesías las habrá escrito ella? Tu hermana digo... —preguntó Belén.

—¿Cómo saberlo? Amaba la poesía. Pero no tenía idea de que escribiera poemas.

—Es fácil averiguarlo —la alentó Belén y se sentó frente a la computadora.

Al rato, después de googlear cada texto, le sonrió a la mamá.

—Estoy segura de que las escribió ella. No hay nada en internet.

—Me alegra haberlas recuperado, aunque no sé de qué modo pueden ayudar a Marina.

Belén la abrazó.

—Mami, esto es mucho mejor que un diario íntimo. Puede ayudarla más de lo que te podrías imaginar. ♦

*Cadáver.*

*Cadáver exquisito.*

*La muerte se apodera de la carne.*

*La muerte con su aliento nocturno y pestilente.*

*Devora lo que queda del alma y llena de tinieblas la mirada.*

*Tan solo los gusanos y el olvido se alimentan tenaces de un cadáver.*

*Saborean de a poco la inmundicia.*

*No comprenden que esa putrefacción*

*no permite que el amor se redima. ♦*

—Marina...

...

—¿Estás bien?

...

—Marina, contestame.

...

—¿Qué te pasa?

...

—¿Milo te hizo algo? ¿Peleaste con él?

...

—Marina, por favor.

—Dejame sola, Belén.

Belén se recostó junto a su hermana. La abrazó.

—Te prometí que nunca iba a dejarte sola. Con mamá descubrimos que la tía no escribía un diario íntimo, como pensaba Claudia.

—No me interesa. Nada me interesa.

Antes de irse de la habitación, Belén apoyó el cuaderno de Cecilia sobre la cama.

—La tía escribía poesías, como vos. Espero que las leas. ♦

**Marina** no comía. Estaba demacrada, delgadísima, ojerosa... Ni siquiera tenía fuerzas para levantarse de la cama. Pasaba las horas mirando el techo o dormitando. Gabriela llamó a Antonio, su exmarido, y ambos, preocupadísimos, consultaron a un médico que sugirió la posibilidad de internarla.

—En semejante estado, puede atentar contra su vida.

Milo había desaparecido. No iba al colegio. Aparentemente había viajado con su familia al exterior. Era lo que las autoridades les habían informado a Facundo y a Fernando cuando preguntaron.

—Es un hijo de...

Gabriela y Antonio se turnaban durante el día para no dejar sola a Marina. Belén dormía cada noche acurrucada con su hermana.

Como Marina ni siquiera había tocado el cuaderno de Cecilia, Belén decidió leerle en voz alta cada uno de los poemas que había escrito su tía.

Incluso trajo una de las fotos, la que Gabriela había dejado en la mesa de luz. Desde ella, con su pelo cortísimo y rodeada de tulipanes, Cecilia también la cuidaba. ♦

**Me** sentía morir. Milo me había abandonado. Me di por vencida pronto con el celular. Si no contestaba antes, mucho menos ahora. Me castigaba. Y me lo

merecía. Por tonta, por despreciable... Mi familia me cuidaba, pero yo no podía salir de la bruma y del dolor. Milo era mi aire, mi sol, mi norte y mi sur. Milo era mi todo y yo no existía sin él. No era más que un esperpento, un espantapájaros absurdo y horrible, una cucaracha monstruosa. Quería hundirme en un estado de apacible y letárgica meditación, como decía Gregorio Samsa. Las horas sin Milo eran un suplicio eterno, una penitencia por los errores que cometí y que debía expiar. Milo me lo había dejado claro.

Casi no hablaba. Ni con mis padres ni con mi hermana ni con Lula ni con los chicos del taller que se mantenían en contacto con Belén para saber sobre mí. No quería lastimar a mi familia ni a mis amigos. Pero no podía salir de ese letargo. Estaba paralizada. Solo miraba el techo durante horas. Era como si el mundo se hubiera detenido. Y lo único que podía ponerlo otra vez en marcha era que Milo regresara. Milo, Milo, Milo, Milo... Su nombre resonaba en mi cabeza y la golpeaba como un martillo sin piedad.

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado, inmóvil y aturdida, extraviada en el dolor y en el deseo de desaparecer. ¿Días, semanas, meses...? Creo que fueron siglos hasta aquella noche en que Belén decidió empezar a leerme los poemas que había escrito Cecilia. Me sentía una nena chiquita y desvalida en brazos de

mi hermana menor. Pero su voz era cálida, y mientras pronunciaba cada palabra fue apagando el grito que repetía en mi mente el nombre de él. Recuerdo el primer poema que leyó. Era breve, apenas unos versos.

*Yo no quisiera hablarte  
de las huellas de polvo en mi mirada,  
de las antiguas voces que resuenan  
en la intacta planicie del recuerdo...*

*Pero es imprescindible.*

*Nadie se reconoce frente a frente.*

*Y solo cuando el alma  
se inunda de horizontes*

*uno encuentra el camino de regreso. ♦*

**Fue** entonces cuando tomé la foto de Cecilia. Acaricié su rostro hermoso, me detuve en su sonrisa, vi el lago y los tulipanes. Y ya no fue la voz de mi hermana la que escuché, sino la de mi tía. ♦

## Sexta parte

### Recontar un texto / Hacer crecer / Cambiar de punto de vista

La pregunta, ¡oh, mi yo!, la triste pregunta que vuelve:

“¿Qué hay de bueno en todo esto?”.

Y la respuesta:

“Que estás aquí, que existen la vida y la identidad,  
que prosigue el poderoso drama y que quizá  
tú contribuyes a él con tu rima”.

Walt Whitman

**Creo** que pasaron semanas... ¿o fueron meses? Facundo, Fernando y Carla vinieron a visitarme un jueves a la tarde, antes de ir al centro cultural.

Yo me había recuperado bastante físicamente, aunque todavía estaba muy delgada y débil. Sin embargo, el médico consideraba que lo peor de la crisis había pasado y si bien recomendaba continuar con la terapia que era mi punto de apoyo, ya no era peligroso que me dejaran sola.

—Se te ve bien. —me dijo Carla, cuando les abrí la puerta—. Te creció el pelo.

Yo acaricié los rulos que empezaban a asomar.

—Sí, de a poco mejora el desastre.

Les convidé jugo y nos sentamos en el sillón. Facundo señaló el cuaderno que estaba sobre la mesa ratona.

—¿Son los poemas de tu tía?

No me sorprendió que lo supiera. Seguro Belén le había contado toda la historia. Desde que los había visto juntos en el *slam* sospeché que se gustaban.

—Sí, son maravillosos. Es increíble. Cada poema... Describe perfectamente lo que fui viviendo y sintiendo con Milo. La pasión, el dolor, el destrato...

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Carla me apretó la mano.

—Si te hace mal hablar...

—Al contrario —respondí—. Los poemas de mi tía me salvaron. Ella me salvó al escribirlos. En cada verso leía mis emociones, “me” leía. De pronto pude ver lo que pasó con Milo, comprender el daño que me hizo, el mismo que padeció mi tía y que terminó con ella. Lo sentí en sus palabras. Hay un poema sobre una mujer en el espejo que se mira y repite la historia de otra... Me sentí tan identificada. Y uno sobre fantasmas. Y otro de una mujer que sale a caminar...

—Me encantaría leerlos algún día.

—Claro. Más adelante. Todavía me hace falta tenerlos cerca. Son mi tabla de salvación, mi medicina... lo que me ayudó a tomar distancia de mi relación con...

Iba a nombrarlo, pero recordé la cita de Galeano.

—Mónica siempre dice que la poesía no va dirigida a la razón, sino al corazón —agregó Facundo.

Sonreí, mientras asentía con la cabeza.

—Mi tía sí que tendría que haber ido a un *slam*.

—Vos podés también.

—No sé si soy capaz de escribir como ella.

—Como ella, no. Pero sos capaz de encontrar tu propia voz. ♦

Esa voz,  
ese hilo certero  
de presagios y asombros inefables  
esa orfandad de piel  
que busca un nombre errante en el silencio  
y esconde antiguos gritos  
en un idioma ajeno de crueldades,  
esa palabra ajada  
que recobra la luz entre los labios,  
ese sonido errante o ilusorio  
que anida como un pájaro entre el sueño  
y la vigilia herida,  
ese temblor sediento  
que marchita la sangre con el miedo  
y a la vez la exorciza,  
todo eso, quizá  
se acurruca temblando en el poema  
y sin pedir permiso  
lentamente  
habita una metáfora indeleble,  
una imagen remota que palpita

en el papel en blanco,  
como una criatura  
desnuda e inocente.

Pero a veces también en el poema  
crece el río tenaz e ineludible  
que aprende a navegar en las tormentas  
y burla los naufragios  
por el solo designio de las aguas,  
o ese umbral de misterios  
que atraviesa la hierba  
para alcanzar el sol sobre los muros,  
o ese horizonte efímero  
que dibuja fronteras en la tarde,  
o ese amor entreabierto  
como una flor lejana  
que borda entre sus pétalos  
las gotas de rocío,  
o ese desasosiego  
que busca un nuevo rostro en la neblina  
o esa certera ausencia que reclama  
la caricia inconclusa o el desprecio,  
la misma soledad  
o el llanto idéntico. ♦

**Gabriela** llegó del trabajo y encontró a Marina recién bañada, con el cabello húmedo todavía. La abrazó un rato largo.

—Te traje un regalo, hija.

Le dio un paquete envuelto en un papel brillante. Era un cuaderno.

—Sé que escribís en la compu, pero se me ocurrió que...

—Gracias, mamá. Me encanta.

Acarició el cuaderno. Sus hojas eran suaves y le recordaron la textura de los pétalos de un tulipán. ♦

**Belén** llegó del gimnasio y su expresión demostraba a las claras la alegría que le daba encontrar a Facundo en casa. Él se puso colorado cuando Carla y Fernando cuchichearon algo y buscó una excusa que nadie creyó.

—Le trajimos a Marina unas consignas que nos dio Mónica para que retomase la escritura.

—¡Qué bueno! —exclamó Belén—. ¿Ya la convencieron de volver al taller?

—No —respondí—. No me convencieron.

—Tienen que insistirle porque mi hermanita es muy cabeza dura —se rio Belén y me dio un beso.

—Mirá quién habla —dije.

—Tiene razón. No podés negar tu talento, Marina —opinó Carla.

—Y ahora que... ahora que estás mejor...—agregó Fernando.

—No sé —dudé.

—Te las dejamos. Dales un vistazo, y si te animás, te esperamos el jueves próximo. Mónica y los demás preguntan por vos —me contó Facundo mientras me daba unas hojas con las propuestas de escritura y se ponía de pie—. En quince días hay otro *slam*, además. Esta vez creo que me voy a animar a participar.

—Yo no me lo pierdo ni loca —comentó Belén.

Facundo le sonrió.

—Gracias. Me encantaría que fueras... que fueran, digo.

Nos reímos los cinco.

—Los acompaño —se ofreció mi hermana.

Me encantó ver juntos a Belén y a Facundo. Hacían una linda pareja.

Cuando los chicos se fueron, Belén se sentó conmigo en el sillón.

—¿No tenés nada para contarme? —le pregunté.

Belén se hizo la tonta.

—¿De qué?

Le hice cosquillas y se rindió enseguida.

—Está bien. Te cuento. Pero si me prometés una cosa.

Sabía lo que iba a pedirme. Y no me podía negar. Belén también me había salvado. ♦

**Fui** retomando mis actividades y mis rutinas poco a poco. Primero regresé a la escuela. Carla y Fernando se alegraron y al igual que Facundo insistieron en que regresara al taller. Lula ya había ido a visitarme a casa y a llevarme las tareas. También me pidió que la ayudara a estudiar, un poco para acompañarme, un poco porque necesitaba levantar las notas.

—Si no, me voy a llevar hasta recreo...

Una vez intenté disculparme con Lula por lo que había pasado entre nosotras.

No me dejó hablar.

—Somos amigas. Ojalá hubiera podido ayudarte como lo hizo tu hermana.

No pude negarme cuando una semana después me pidió que la acompañara al shopping.

—Te juro que esta vez no tengo qué ponerme.

No le creí, pero pensé que me haría bien despejarme un poco.

No llegamos a entrar. En la puerta, como si hubiera estado esperándome, vimos a Milo. ♦

**Las consignas** eran varias. Una proponía hacer crecer un texto. Había que respetar el orden del original, que en este caso y casualmente era un fragmento de Kafka.

Era una reunión pequeña en un cuarto angosto; se bebía té a la noche. Un pájaro lo sobrevolaba. Un cuervo tironeaba el pelo a las niñas y hundía el pico en las tazas. Ellos no se ocupaban de él, cantaban y reían. Entonces cobró más ánimo...

“Hacer crecer un texto”, repetí.

Volví a acariciar mis rulos que ya estaban más largos. Y pensé en Milo, sobrevolándome como un cuervo, tironeándome del pelo y hundiendo su pico en mi taza y en mi corazón.

La segunda consigna era recontar un texto. Después de leerlo una sola vez, había que reproducir lo más fielmente posible un cuento muy breve de Santiago Dabove, tomado de *La muerte y su traje*. Se llamaba “De la musique avant toute chose” y empezaba así:

Íbamos en el tren, y una señora vestida de amarillo, como una gallina amarilla, cayó entre las dos filas de asientos, que se cambiaron repentinamente en una especie de platea, disgustada y espantada...

Intenté recontarlo. Pero no pude. En mi cabeza no era una mujer vestida de amarillo la que caía entre los asientos del tren. Era yo, con mi ropa holgada. Tampoco había una platea de curiosos a mi alrededor. El que observaba mi agonía era Milo, con sus caretas.

Me di por vencida y tomé la última consigna.

Cambiar el punto de vista era lo que proponía Mónica. Había que hacerlo con “Continuidad de los parques”, un cuento de Julio Cortázar.

Lo leí mordisqueando el capuchón de la birome y acariciando el cuaderno que me había regalado mamá.

—Para empezar de nuevo —me había dicho.

Me había gustado la idea de escribir poesía a mano, como mi tía. Para reconocermme en mi letra.

Volví a releer las propuestas de Mónica: hacer crecer, recontar, cambiar el punto de vista... Quizá debía desobedecer las consignas.

—No siempre hay que atenerse a ellas —solía decir—. Son solo pretextos, excusas para crear.

“Hacer crecer, recontar, cambiar el punto de vista... Y erradicar a Milo de mi vida y de mi escritura”, pensé.

Y empecé a escribir un poema.

## INSTRUCCIONES PARA EXTIRPAR

### UN AMOR CONTRARIADO

Recoger los recuerdos esparcidos por la casa.

Lavar con agua fría y con un jabón suave  
como a una prenda íntima.

Desdibujar la imagen  
que ha quedado olvidada en el espejo  
y que suele acechar desde las sombras  
con el áspero aliento  
del cazador oculto.

No incinerar los versos  
ni el sabor de la voz al murmurarlos.

Repetir los gestos conocidos  
con la mímica absurda del desgano.

Cortar en pedacitos las promesas  
y hacer un picadillo  
con los sueños y con el nombre propio.

Masticar lentamente  
hasta sentir el paladar exorcizado.

Evitar suspicacias.  
El alma y la memoria  
son dos viejas harpías insaciables.

Y si esto no le basta, hay más informaciones...  
Para arrancarse pronto un amor contrariado  
no se emplea anestesia.

Pero no se preocupe:  
el corazón no encoge.



**Lula** no quería dejarme sola con él.

—Esperame en el cafecito del segundo piso —le pedí,  
y me costó convencerla—. Enseguida voy.

—Me quedo con vos. Llamo a tu hermana...

—No te preocupes, Lula. Voy a estar bien.

Cuando se fue, Milo quiso darme un beso y yo puse  
la mejilla. Se crispó, pero lo disimuló.

—Llegué ayer de...

Lo interrumpí.

—No tenés que darme explicaciones.

—Claro que sí. Me hiciste enojar y... me descontrolé.  
Pero sabés cuánto te amo. Y quiero pedirte perdón...

Encantador. Su discurso lo mostraba con la careta  
del seductor irresistible que me había cautivado, como  
las plantas carnívoras que atraen a los insectos con su  
belleza.

—Ya es tarde. No me interesa.

A medida que se daba cuenta de mi frialdad, probó  
con otros personajes. Ninguno me convenció.

—Me muero sin vos. No sabés cómo te extrañé. No  
tenía señal para llamarte desde el exterior...

No quería escuchar sus mentiras. No quería perma-  
necer a su lado. Ya no era una marioneta que él mane-  
jaba a su antojo.

—Adiós, Milo —me despedí y me alejé.

Me siguió y me aferró del brazo. En ese momento  
creo que apareció el Milo verdadero. El que me miró  
con odio al amenazarme:

—No me vas a dejar así. Te vas a arrepentir. Vos no  
sos nadie. No me obligues a...

Estaba asustada. Saqué fuerzas no sé de dónde.

—Se terminó, Milo.

Todavía seguía escuchando sus gritos y sus insultos cuando abrí la puerta del shopping y entré. ♦

**Carla** y los chicos me habían avisado que me extrañaban, aunque no había imaginado semejante recibimiento de Mónica y mis compañeros de taller.

Clara no pudo evitar lagrimear.

—¡Qué alegría verte bien, corazón!

—Bienvenida.

—¡Qué bueno que volviste!

Mónica apenas pudo contener su emoción, mientras me abrazaba.

—Yo le pedí permiso a tu hermana y a tus padres para contarle al grupo lo que había pasado —explicó Facundo—. Espero que no te moleste.

—Claro que no.

Fernando notó al sentarnos que sobraba una silla. La silla de Milo. Se levantó para sacarla. Yo lo detuve.

—No te preocupes. Me hace bien saber que ya no está. Ni acá ni en mi vida. ♦

**Ese domingo** el salón de la librería estaba más lleno que la vez anterior. Llegamos un poco demorados,

pero alcanzamos a conseguir asiento y a inscribirnos. Primero Julio, después Facundo. Y yo, en último lugar. El resto todavía no se animaba a participar a pesar del aliento de Mónica. Igual estaban todos presentes.

Dudé al ver a la chica rubia que había ganado la otra vez. Como si hubiera leído mis pensamientos, Belén se me acercó para asegurarme:

—Tranqui, hermanita. Sos la mejor.

—¿Y yo qué? —protestó Facundo entre risas.

Habían empezado a salir hacía unas semanas y se los notaba enganchados.

—Conformate con un beso —contestó ella.

Yo repasaba uno de mis poemas, uno de los primeros que había escrito en mucho tiempo en el cuaderno que me había regalado mamá. Se lo había dedicado a mi tía Cecilia y lo iba a recitar en el *slam* con mi voz imperfecta, con mi voz de principiante, pero con mi voz auténtica. Me costó prestar atención a los poetas que aquella tarde se presentaron antes que yo. No podía concentrarme, tan nerviosa estaba. Solo escuché a Julio, que se lució, y a Facundo, que conmovió a todos con su texto.

—Es el turno de Marina.

Miré para todos lados y vi, de pie, en el fondo, a mis padres que me tiraban un beso y levantaban el pulgar. Me alegró que hubieran ido.

Mónica y mis compañeros me sonreían y me alentaban con gritos.

—Fuerza. Aguante, Marina.

Belén sonreía, y movió los labios. Adiviné que me deseaba suerte y me decía “te quiero”.

Facundo me apoyó la mano en el hombro y me acompañó hasta el estrado. Cuando subí, sentí un poco de vértigo. Acerqué el micrófono a mi boca, pero no pude emitir un solo sonido. Y de pronto recordé la foto, la foto en blanco y negro que había caído a mis pies como un pájaro herido. La foto en la que Cecilia y mamá eran chiquitas. Y recordé también las otras fotos, las de la caja, la del diploma y la del lago. Y recordé el cuaderno. Y recordé a mi hermana leyendo los poemas acurrucada en la cama a mi lado. Respiré profundo, sonreí y anuncié:

—Este poema está dedicado a mi tía Cecilia.

Y empecé a recitar.

Tuviste un lago entero  
para observar tu pena:  
tengo mi espejo en vos  
pero mi llanto es río  
y corre y grita y me libera.

Rompe en añicos  
mi lágrima tu pena  
y en la orilla  
las dos nos abrazamos.

Luego vuelvo yo sola  
como solo yo puedo.  
Por el mismo camino  
donde perdí, encuentro:  
una paz como un lago,  
una voz como un río.



## Agradecimientos

Quizá porque en esta novela se entrelaza la ficción con una parte importante de mi vida, no puedo dejar de agradecer a los que me acompañaron en el proceso de soñarla, escribirla y hacerla realidad.

En primer lugar, a mis hijos Sol, Juani y Flor, porque me hicieron comprender que necesitaban conocer la historia de mi hermana Patricia y me ayudaron a derrumbar el muro de dolor para poder contarla.

A Sol, además, por seguir siendo mi más fiel y mi primera lectora y por aportar sus comentarios atentos y amorosos, además de prestarme dos de sus maravillosos poemas ("Cambiar" de la página 123 y "Estremecerse" de la página 128) para que los incluyera en este libro.

A Flor, que escuchó cada página (a ella le sigue gustando que su mamá le lea en voz alta). Como siempre, me dio su opinión sin concesiones, además de chasquear los dedos al final de cada poesía que le recitaba ("signo de aprobación entre el público joven, ma", según me explicó).

Y a Juani y a Dana (mi nueva lectora incondicional), porque me dejaron cuidar a Larita, mi primera nieta, que se portó muy bien mientras su abu escribía. Con ella, pura dulzura, entre mis brazos, tuve la fuerza para encontrar cada palabra.

A mis padres, porque nos une la pena de no tener a Patricia y porque me prestaron la foto de ella para la portada.

A Cecilia Pisos, escritora brillante, poeta admirada, amiga, hermana de la vida y de las letras, por su devolución cariñosa y profesional, y por crear especialmente el poema que cierra este libro.

A mi querida amiga Moni Zapata, por las interminables sesiones de los martes mezclando lectura, confidencias y ejercicios para reponer mi hombro fracturado.

Y a mis maravillosas editoras, Laura Leibiker (que creyó ciegamente en esta novela antes de que hubiera escrito un solo renglón) y Laura Linzuain. Las dos mimaron este libro y me mimaron a mí desde el comienzo, con su mirada de excelencia, pero con un afecto y un respeto únicos y entrañables. Siempre cuidadosas de que no sangraran mis viejas heridas, me cobijaron en sus brazos para que mi hermana no se vaya del todo, mientras no muera su nombre.

## Índice

### Primera parte

Binomios fantásticos ..... 9

### Segunda parte

*Collage* ..... 49

### Tercera parte

Muro descascarado ..... 83

### Cuarta parte

Predominio de ..... 113

### Quinta parte

Cadáver exquisito ..... 137

### Sexta parte

Recontar un texto / Hacer crecer / Cambiar de punto de vista ..... 163

Agradecimientos ..... 181